

RACISMO I



CeDeMA.org

Centro de Documentación
de los Movimientos Armados

ORGANIZACION
DEL PUEBLO EN ARMAS

ORPA

INDICE

	<u>Página</u>
REFLEXION INICIAL	1
1. EL RACISMO: ¿REALIDAD A OCULTAR O IGNOMINIA A DESTERRAR?	1
2. CLASES, RACISMO, CONTRADICCIO- NES Y PROBLEMAS	9
I. Posición de los Sectores Alienados	15
A. Oligarquía	16
B. Pequeña Burguesía	17
C. Sectores Populares	18
II. Posición de los Sectores Dis- criminados	20
A. Burguesía Natural	23
B. Los Sectores Intermedios	26
C. El Pueblo Natural	34
3. TEORIA Y REALIDAD: ALGUNOS PUN- TOS EN CONTROVERSIA	49
I. Las Limitaciones y su Impli-	

	<u>Página</u>
cación con el Racismo	49
II. Limitaciones de la Izquierda Marxista Tradicional	51
A. Esquematismo	51
B. Dogmatismo	55
C. Colonialismo	60
- Raíces y Causas	65
- La Huella Colonial	69
- La Herencia Colonial	72
III. Marxismo y Racismo	83
A. Las Objeciones	83
B. La No Consideración de la Problemática Racista. Pro- yección Política de esta Limitación	93
4. EL CAMINO DE LA VIOLENCIA	103
I. Violencia Opresora	105
II. Violencia Revolucionaria	110
III. Violencia Natural	112
IV. Viabilidad de la Lucha Violenta	116
V. Pueblo Natural y Violencia	120
VI. Contenido de la Violencia Natural	128
VII. Nueva Violencia	136
VIII. Del Oprimido y del Resentido: Dos Violencias Distintas	139

REFLEXION

INICIAL

Uno de los objetivos de esta primera parte de nuestro estudio sobre el racismo es situar el problema de acuerdo a las interrogantes, controversias y objeciones que más frecuentemente se encuentran en la lucha política. Probablemente no hayamos alcanzado a cubrir todas, pero sí están incluidas las más significativas y que pueden tener mayor beligerancia. Hemos adjuntado en su análisis algunos puntos de partida, con el objeto de conseguir una mejor ubicación del tema y fijar algunas posiciones iniciales en esta apasionante e ineludible polémica.

Algunos aspectos encontrarán un mayor desarrollo en las partes siguientes. El tema es de una riqueza y trascendencia extraordinarias, por lo que estamos conscientes de que este trabajo es solamente una aproximación a sus múltiples y profundas facetas.

Sería un error de fondo y de apreciación querer encasillar o vincular estos plan-

teamientos con los publicados anteriormente por sociólogos en nuestro país. Sin desconocer lo valioso de algunas aportaciones, tampoco son un antecedente para este trabajo. Aunque puedan tener algunas afinidades, tienen también diferencias importantes. Corresponden, por otra parte, a objetivos, experiencias y elaboración distintos.

Para nosotros, la cuestión natural está en una raíz profunda y auténtica, por lo que rechazamos cualquier mitificación que se haga, así como también impugnamos en la forma más irreductible de que somos capaces, las posiciones racistas. No aceptamos tampoco las posiciones idealistas, románticas o snob, que alrededor de esta temática puedan darse; no tienen ningún sentido y son innecesarias.

En Guatemala y en ésta época, poco sentido tiene la discusión de esta problemática, si ello no se hace en función de la lucha y alrededor de la guerra revolucionaria. Sería abordar un problema sin encontrarle solución. De ahí que insistamos en la importancia de considerarlo y desarrollarlo con un sentido político.

Estas páginas (y las que seguirán) no pretenden ser un ensayo teórico. Aspiran sencillamente a ser un instrumento de combate.

EL RACISMO: ¿REALIDAD A OCULTAR O IGNOMINIA A DESTERRAR?

Pocos temas o problemas están destinados a producir una conmoción tan seria y profunda como el abordar la existencia y manifestaciones del racismo en una sociedad como la nuestra. Esa conmoción explica por sí misma la vigencia de lo que quiere negarse por algunos sectores y la comprensión y justa asimilación que hay de ello a otros niveles y en otras situaciones.

Este tema es el principio de una situación que en su desarrollo permite aclarar y delimitar uno de los aspectos cardinales de nuestra realidad, que, pese a ser evidente, es el que menos se ha esclarecido y sobre el que ha habido a través de toda la historia una deliberada acción para esca-motearlo y ocultarlo. Más que asombrarse por el impacto que este planteamiento produce, es importante interrogarse sobre la causa que tiene.

Al introducirnos al tema, advertimos sobre la telaraña de prejuicios que sistemática y coherentemente el sistema ha repro-

ducido, entrando de alguna manera en su conciencia, así como sobre los calificativos y teorizaciones que se agitan y escriben en la actualidad, destinados a aumentar las aprehensiones, bloquear toda posible comprensión e identificación y estigmatizar cualquier inquietud o posición.

Esto es muy importante recalcarlo, pues la tarea de desalienación es grande cuando el conocimiento y contacto que se tiene con la verdadera realidad social del país es escaso, perturbado y presionado cotidianamente por todo el andamiaje ideológico, por las secuelas, actitudes que han penetrado profundamente. Estas operan la mayoría de las veces en forma instantánea, automática e inconsciente, por lo que es difícil reconocerlas y aceptar su existencia.

Hay un verdadero arsenal de aparentes razones (que en la práctica no son más que pretextos) para negar o ignorar este aspecto de nuestra realidad. A nivel de teorización, conocimiento o análisis, es un tema tabú; y para ciertos sectores u organizaciones, su incorporación a la lucha política es totalmente inadmisibile.

Frecuentemente se tiende a tergiversar, tratando de desvirtuar los planteamientos que se hagan. Hay que anotar el ánimo virulento con que se acoge y discute por parte de quienes lo niegan o por quienes, sin percatarse siquiera, caen víctimas de los clichés, las consignas o los improp-

rios.

Estamos frente a una de las características propias de una sociedad que, por su historia, génesis y desarrollo de su estructura y formas de explotación, tuvo desde sus inicios uno de sus más sólidos bastiones y eficaces instrumentos en el uso de la discriminación racista.

Fue el único patrimonio que compartieron los explotadores en su conjunto en nuestra sociedad. Esa complicidad o coparticipación es una de las enajenaciones evidentes y a la vez más sutiles, que hace que quienes dependen de ella, en un grado mayor o menor, se resistan a aceptar -ya no digamos a combatir- esa lacra.

La discriminación, como fruto de la explotación colonial, influye y domina en varios aspectos de la estructura social y económica del país. Ha venido cumpliendo un papel de extraordinaria utilidad para el funcionamiento y perpetuación del sistema que padecemos desde hace más de cuatro siglos.

En esta época, esto no debiera merecer ninguna discusión. No obstante, se convierte en un punto nodal de confrontación, al manipularse en mil formas, desde las más burdas y simples a las más elaboradas, con el objeto de no asumir su importancia, existencia e implicaciones.

La discriminación se extiende, por la for

ma y el tiempo en que se practica y origina en Guatemala, de ser un instrumento de dominación de clase de la oligarquía (en un inicio invasores y colonizadores extranjeros) a otros sectores que, dentro de la pirámide de explotación y opresión (con el expediente de la discriminación), logran o creen establecer un estatus diferente, al tener siempre abajo de ellos un peldaño más, en este caso no simplemente en la explotación, sino también una certidumbre de superioridad y diferenciación humana.

Esto crea una situación objetiva, aunque su base sea toda la falacia e irracionalidad del racismo, que tiene un marco totalmente adecuado y funcional en la estructura económica, política y social del sistema. Permite crear una alianza, tácita o explícita, consciente o inconsciente (según cada caso, clase y grado de alienación), que coadyuva eficazmente a los resultados de perpetuación del sistema. Los antagonismos de clase se ven fraccionados y neutralizados por este mecanismo distorsionador, que divide en forma contundente a las clases populares. Esta división existe, está presente.

Practicado por unos, sufrido por otros, no en forma casual ni gratuita, el racismo tiene una función perfectamente determinada. ¿No se han formado dos países dentro de la misma geografía? ¿No hay dos clases de guatemaltecos? ¿Es mejor disimular esto o soslayarlo? Hacerlo así y no afrontarlo en sus causas, ¿no atenta con-

tra la unidad del pueblo, y por ende a su posibilidad real de liberación?

La necesidad de afrontar el problema en sus causas, como primer paso, es ineludible e impostergable, aunque ello no debe interpretarse como una visión aislada. Nuestra visión lo integra en la universalidad y totalidad de la problemática del país.

El expediente más usado por parte de los detractores del racismo para falsear una posición revolucionaria sobre el problema, tiende a dar la imagen tendenciosa de que es el único problema que se aborda, la única contradicción que se afronta. Con tanta mala fe se lleva cualquier discusión, en base a una serie de presupuestos falsos y tergiversados, a sacar conclusiones antojadizas para crear una atmósfera ideológica de temor, duda y rechazo.

En un afán de proyección de su propia inconsistencia y dubitación, lo sitúan en forma abstracta y esquemática, para que sea vulnerable por todos los flancos e inaceptable en todos sus puntos. Es bueno tener presente este fenómeno, pues es algo que no se da en forma aislada; lo debe recordar tanto el militante que ha llegado a una compenetración de esta temática en su conjunto, como el revolucionario inquieto y liberado. Hay que estar atentos a la tergiversación, a la simplificación grosera y al callejón de la unilateralidad.

Otra sería barrera, producto de la alienación racista, la componen dos elementos que, aunque diferentes en su naturaleza, se complementan bastante bien. El primero es la elaboración del problema en base a la propia vivencia, concepción y formación alienada frente a lo natural, proyectando una visión discriminadora y ubicando el racismo a la inversa. Ello da un horizonte totalmente falso en cuanto a la visión del colonizado, pues no es más que la peregrina interpretación del discriminador que adjudica sus propios valores y conducta, así como su ideología, al discriminado. Esta extrapolación se hace para evaluar las reacciones y posibilidades que tiene una lucha en que participe -aunque no aislada- íntegramente la población natural, con su propia identidad y alrededor de una de sus principales reivindicaciones, aunque pensamos que es más que eso.

¿Qué sucede, entonces? No hay más lugar que para un apocalipsis de sangre y de venganza, en que el discriminador, por supuesto, sería la víctima inocente. Recordamos la visión que la oligarquía se da a sí misma y proclama en todo su proceso y triunfo: las hordas, los saqueos, etc. Esa es la falsa y mentirosa propaganda, y es obvio que así tenga que justificarse para ocultar lo que ella realiza.

Lo extraño es que esa misma visión, cambiando de nombres y ubicación, la tengan o les preocupe a personas consideradas iz

quierdistas, radicales, etc. Piensan por igual en los "riesgos", "peligros" y demás "calamidades" que puede acarrear a la revolución y al país la incorporación de esta problemática a una plataforma de lucha política. ¿Acaso no es ésta la misma posición de opresor contra oprimido?

En estas personas o ideólogos es notable el desconocimiento de la verdadera situación del pueblo y de la masa. No basta examinar estadísticas ni elaborar esquemas "teóricos", como tampoco es suficiente haber vivido por algún tiempo dentro del pueblo, si se estuvo incapacitado para comprenderlo, por prejuicios, ausencia de formación, insensibilidad, falta de identidad propia y de identificación con el medio. Todo lleva a producir un divorcio rotundo entre la realidad sobre la que se lucha y se pretende transformar, y los planteamientos y análisis que se hagan

Las interpretaciones y conclusiones que se saquen estarán limitadas en su proyección y contenido, pues estará ausente uno de los dos elementos básicos necesarios para desarrollar la lucha, como es el conocimiento de la realidad, que permite aplicar y elaborar en base a la teoría revolucionaria un planteamiento coherente, objetivo y completo.

Este desconocimiento adquiere caracteres dramáticos y complejos, llegando a iracundas aberraciones o a torturantes dudas cuando se trata de aproximarse o compre

der el mundo del colonizado o discriminado. El discriminador es incapaz de analizar y equiparar "su" mundo con la problemática social del colonizado, que él domina o su puestamente domina. Lo considera otro mundo, pero no en el sentido de algunas diferenciaciones culturales, sino que lo piensa y siente como un submundo.

Para el izquierdista alienado por la discriminación, lo natural -el discriminado- no es un pueblo igual a cualquier otro, con todas sus grandezas, problemas y posibilidades. Dentro del ámbito geográfico, no forma parte de la patria, de su destino y futuro, como fuerza vital y transformadora, como cualquier otro integrante del pueblo; por el contrario, lo concibe como un peligro latente que hay que vigilar celosamente.

Hemos mencionado algunos de los principales rasgos, condiciones y situaciones que deben enfrentarse para salir avante en una posición revolucionaria sobre el problema del racismo. Son los obstáculos lógicos que se presentan cuando se toca uno de los puntos neurálgicos de una sociedad.

Pero no basta citarlos. Es necesario ubicarlos también en su magnitud y trascendencia, pues podría quedar una imagen distorsionada y la situación real del país podría apreciarse en forma irresoluble; hay matices que deben anotarse y magnitudes susceptibles de variación al encontrarse en un correcto camino de lucha. No podemos verlo tampoco -y eso es muy importante- en forma estática e inmutable, siempre que frente a ello se adopte una posición y se ejerza una acción consecuente.

II

CLASES, RACISMO, CONTRADICCIONES Y PROBLEMAS

El racismo, su existencia y funcionamiento, no es ajeno a las contradicciones de clase que se presentan dentro de la estructura general de la sociedad. Teniendo a la vez la doble calidad de producto e instrumento del sistema, actúa en función de ellas, incidiendo fundamentalmente para caracterizarlas. Sin determinarlas, influye de manera precisa e innegable en sus relaciones, proyectándose a esferas que exceden lo ideológico de tal manera que en cualquier análisis de la sociedad guatemalteca es indispensable establecer toda la interrelación y efectos que ello produce.

Hay que precisar claramente las partes que integran el proceso, en qué medida unas influyen en otras y cómo de esta forma integran un conjunto bien determinado. Expresándolo en términos correctos, la dificultad estriba en la ubicación que se dé al racismo en relación con la sociedad en su conjunto, y por ende en las diferentes clases sociales en particular, así como

en la definición de la naturaleza de las relaciones y tipo de contradicciones que ello produce. Son dos puntos sustanciales.

Si se comprende que el racismo es un aspecto fundamental (para el caso de Guatemala y de las sociedades colonizadas) de la ideología de la clase dominante, originado, cultivado e inculcado por ella para su lógico beneficio, estaremos dando un paso importante.

Debe hacerse la debida valoración de cada uno de los términos, principalmente en lo que se refiere a situarlo como parte de la ideología de la clase dominante; y no, como suelen hacer algunos, como un producto ideológico superestructural que, según su visión y particular interpretación, no tiene ningún peso específico ni valor en la conformación de la estructura social.

Como aspecto fundamental de la ideología de la clase dominante, tiene otras características. Es el elemento ideológico que se mantiene constante y permanente a través de la parte de historia que se inicia con la conquista y continúa hasta nuestros días. Esto explica la continuidad que ha seguido la explotación, las características que ha tenido con respecto a la población natural y por qué las formas que la explotación ha presentado no han significado ningún cambio ni transformación, como lo pretenden quienes en otros aspectos ideológicos obviamente han tenido diferen

cias significativas. Porque sucede que el racismo, como instrumento de opresión y explotación, en nuestras condiciones es útil, necesario e indispensable; se adecúa tanto para las relaciones de producción dadas en el pasado, como las que se dan en la actualidad: de la servidumbre al trabajo forzado o la relación salarial.

Importante para lo que analizamos ahora es la consideración de cómo esa ideología se ha transmitido y enraizado fuertemente en otras clases, y los efectos que eso ha tenido. Para ello es preciso regresar a la situación colonial originada en la conquista, desde el momento en que el origen y diferencias raciales entre los oprimidos y los opresores sirvieron a éstos para "legitimar" su rapiña y dominación. Se introduce así el racismo y se produce la división profunda que llega hasta la actualidad; se establece una sociedad con discriminados y discriminadores, con todo lo que ello implica.

Pero sucede en la realidad contemporánea que la inmensa mayoría de los discriminados son explotados. Esta paradoja se entenderá si valoramos debidamente lo que es una penetración ideológica que encuentra a su vez una base objetiva (la división en base a la discriminación), para reproducirse constantemente.

Son los "valores" de la clase dominante, que ante los ojos del discriminador explotado adquieren una validez en función del

status diferente a nivel social y económico. Esto no se expresa normalmente en una forma pasiva, y allí toma cuerpo la alienación racista. Hay en este fenómeno tanto una penetración ideológica como una identificación con el poderoso. Sumemos a todo ello algo que no hay que olvidar en ningún momento: el ámbito social en que todo esto se produce es, aunque hipócrita y falaz, extremadamente racista hasta en los más nimios detalles.

La división que se creó en base al racismo, sirviendo directamente y practicada inicialmente sólo por los explotadores, persiste intacta, sólo que con el ingrediente de haberse ampliado también a clases no explotadoras. Esto tiene tres claros efectos:

- Se ha fortalecido el sistema explotador en su conjunto, al encontrar aliados en este aspecto; esa fortaleza objetivamente sirve a los intereses de clase de la oligarquía.
- A causa de la barrera racista, los intereses de clase no pueden actuar de manera horizontal, cohesionando a sus homólogos de clase en el sector discriminado; por el contrario, producen una compactación vertical en base a esta alienación.
- Aunque en el sector alienado se mantienen actuantes las contradicciones de clase y han llegado a expresarse en las formas más elevadas (luchas armadas), éstas no encuentran solución adecuada,

porque están restringidas al sector donde ellas existen, a la vez que la sustentación principal del sistema, en cuanto a explotación y producción, está dada en el otro sector.

En base a lo anterior, puntualicemos la naturaleza que tienen estas relaciones y contradicciones. La división entre la población alienada y discriminada, aunque corresponda a los intereses de la oligarquía, no puede considerarse una relación de clase, porque es un factor ideológico lo que la caracteriza y permite aglutinar a su alrededor a otras clases que tienen propios intereses y contradicciones, incluso antagónicos; ésto en especial en el sector alienado; por ello, su naturaleza no es antagónica a niveles de clase con intereses coincidentes y compatibles, pues entre ellos no están en juego ni las relaciones ni la propiedad de los medios de producción.

Que no sea relación de clase no le resta de ninguna manera la importancia que tiene, sino que se mantiene vigente la consideración de esta situación como algo primordial en un análisis de la estructura general. De no ser así, prevalecerán los intereses de la clase explotadora, usando en beneficio de ella, como hasta ahora, la división racista y la discriminación.

Las contradicciones están dadas por los intereses de clase, obviamente. La principal se expresa en la que sintetizamos pue

olo-oligarquía, siendo la tarea, bajo el punto de vista político, integrar el frente correspondiente. Pero ello sólo es posible si al concepto pueblo se le da toda la integridad y contenido que tiene: Por un lado, desalienando a las clases populares discriminadoras; y por otro lado, clarificando el sentido de clase en los discriminados. Esto es sencillo expresarlo; pero tiene, como veremos, una serie de condiciones y variables sumamente interesantes e importantes. Aquí sólo anotamos -no desarrollamos- el tema.

En los apartados siguientes ofrecemos un panorama de los aspectos más destacados de las clases con respecto al racismo. Presentamos en el siguiente esquema, por considerarlo indispensable, la división entre sectores alienados y sectores discriminados, con el agrupamiento de clases en cada rubro. En cada caso se exponen diferentes denominaciones, para tratar de establecer y matizar la situación que sugiere el análisis de la realidad social.

Como es notorio, no compartimos el criterio de plantear el problema en los términos de dos clases antagónicas: ladino-indígena. Ello sería llevar muy lejos el concepto de clase, y lo apreciamos incorrecto porque agrupa en un sólo rubro (tanto en lo referente al ladino como al indígena) intereses dispares. Se presta a muchos equívocos, dentro de los cuales el más importante está dado por las conclusiones erróneas que pueden sacarse en la

apreciación de una solución debido a la utilización de categorías que tienen una naturaleza diferente en su funcionamiento.

Asimismo, consideramos totalmente insatisfactorias las otras explicaciones o clasificaciones que se limitan exclusivamente a un análisis de clase, ignorando la existencia y efectos del racismo, tanto en la formación de la sociedad como en su proyección actual. Dicha concepción, a reserva de verla más detalladamente, es totalmente inoperante e incompleta; y, acéptese o no, entra por la situación objetiva del país en las esferas teóricas que el racismo ha impregnado en beneficio del sistema.

Desestimamos, por supuesto, las clasificaciones y concepciones culturalistas. Son reaccionarias, porque distorsionan el conocimiento de la realidad, no corresponden a una interpretación revolucionaria y dan base a una de las políticas más usadas por el sistema.

I. POSICION DE LOS SECTORES ALIENADOS

Analizaremos la posición de los sectores alienados dividiéndolos en tres grupos: oligarquía, pequeña burguesía y sectores populares.

A OLIGARQUIA

Junto a la oligarquía propiamente dicha, consideraremos también a sus aliados de clase, así como a su aparato represivo y publicitario.

En este grupo influye el interés de clase y la discriminación como uno de sus instrumentos básicos de explotación. Es una posición definida, segura de sí misma e insolente, que por propia conveniencia y hasta tradición la practicarán hasta sus últimas consecuencias; la exprimirán en su etapa final, aunque la disfracen de paternalismo, lástima, caridad o "espíritu cristiano", para desembocar finalmente en un odio feroz y desembozado, al ver que pierden el control de la situación y que los levantamientos son inevitables.

Anotamos esto para significar la tranquilidad que le da a la clase dominante la eficiencia de algo probado centenariamente y que hasta ahora no había demostrado ninguna cuarteadura, emergencia evidente o rechazo.

La posición de la oligarquía es muy clara, no se presta a equívocos, siempre que en este caso no se desligue del conjunto de posiciones de ella. Manipula en mil formas, perceptibles o no, el elemento del racismo y la discriminación.

B PEQUEÑA BURGUESIA

Un segundo grupo está formado por sectores alienados con el racismo que no son directamente explotadores, aunque no forman parte de las clases populares (campesinos y obreros). Estaría aquí la pequeña burguesía con sus diversas gamas, en los aspectos políticos e ideológicos, con su subdivisión reformista y revolucionaria.

En estos sectores encontraremos una gran mayoría de población imbuída en esta ideología, activos o pasivos participantes de ella, lo que evidentemente los vincula ideológicamente a la oligarquía en un aspecto de fondo y los limita o inhabilita para una lucha contra el sistema.

Característica significativa dentro de los reformistas o en algunos de sus miembros e ideólogos, es que su posibilidad de elaboración teórica sobre el tema se destaca en estos casos por su consideración supèrficial y conclusiones contundentes.

En otros sectores de izquierda, aunque sus conclusiones no difieren mayor cosa de aquellas de los reformistas, su contexto es el de un aparato teórico aparentemente sólido e irrefutable, pero que en su análisis demuestra superficialidad, esquematismo y simplificación, lo que puede considerarse como una característica general de un método y pensamiento para el enfoque de todo el resto de la problemática nacional.

Aquí es donde surgirá una de las actitudes más inflexibles por parte de algunos, aun que pensamos que, en la medida en que se tome conciencia de la situación, habrán desplazamientos significativos a nuevas posiciones, que irán desde plantear la necesidad de revisar la cuestión con nuevos ojos hasta dar un amplio paso de liberación al romper prejuicios y encontrar simultáneamente una perspectiva política revolucionaria que los saque de sus vacilaciones y diletancia y selle su destino con la causa popular.

Esto no abarca o se limita sólomente al problema racial, de ninguna manera. Responde a nuestra problemática en todo su conjunto. En el caso de la pequeña burguesía progresista y revolucionaria, le da perspectiva a sus propias reivindicaciones que sean coincidentes y compatibles con los intereses populares.

C. SECTORES POPULARES

En un tercer grupo, donde opera también la discriminación, están los sectores populares llamados ladinos. En este caso, hay grados de discriminación que podrían definirse como menos persistentes y enraizados. Existen manchones racistas militantes y agresivos, aunque éstos son, en relación a la población general y aún a este grupo, minoritarios.

La técnica general está dada por la com-

prensión y aceptación pronta de la situación de discriminación, de la que son víctimas practicantes y gratuitas. Ahora bien, esa comprensión, que es el primer paso real a la unión de sectores separados artificialmente, no se puede conseguir si no se asume la presencia del factor discriminador como algo existente en la vida diaria, conociendo cuál es su función y cuáles son sus resultados. Hay que tomar conciencia de la separación que existe -enfrentamiento incluso- para terminar con ella. No se puede liquidar algo que se ignora que está presente.

Para los racistas habría que recordar que sólo se puede pensar y es posible la unión cuando ésta se da entre hombres iguales, que se reconocen mutuamente como tales y por aspiraciones idénticas.

El problema del racismo a niveles populares debe desaparecer como infamante barrera, para con ello lograr que los intereses de la clase explotada sean funcionales, cohesionadores, en una sociedad con las características e historia nuestras. Esto se consigue alrededor de la lucha común e iguales planteamientos, en donde el problema de la discriminación debe integrarse a lo demás.

Al contrario de lo que piensan o exponen algunos, la lucha planteada en estos términos no agudiza a niveles populares las diferencias existentes, sino por el contrario, las sitúa en su verdadera dimen-

sión y les da su correcta solución, pues sus contradicciones no tienen carácter antagonico, y en este caso están producidas por el reflejo ideológico colonizador

II. POSICION DE LOS SECTORES DISCRIMINADOS

Apliquemos el método que usamos al analizar a los discriminadores para agrupar a los sectores discriminados. Esto es necesario, pues no existe una situación monolítica y plana por parte de los sectores discriminados.

Aunque, como ya lo estamos afirmando, todos tienen un común denominador que es pa decer la discriminación racista, sus respuestas ante el hecho colonizador son diferentes, siendo más convergentes que divergentes; en sus reacciones hay puntos de contacto, algunos esporádicos y otros aislados; y quizás en un proceso de transformación general surjan otros permanentes.

Todo lo concebimos dentro de las aproximaciones, contradicciones o antagonismos que invariablemente un proceso revolucionario de liberación popular tiene que producir. Los parámetros o puntos de referencia para las contradicciones -aún de clase- en el sector discriminado de la sociedad es previsible que se amortiguen, aunque obviamente no desaparecerán.

Muchos serán los problemas que deberán afrontar; unos pueden ser de planteamiento, otros de ubicación. El más importante de berá ser la toma de conciencia de su situación: darse cuenta que son discriminados, con todo lo que ello implica; comprender su origen; rescatar su categoría de hombres; y no negar su propia identidad.

Estos cuatro pasos constituyen una unidad y son la respuesta orgánica del sector discriminado para levantarse y situarse en un camino: el de la revolución de los iguales, de la cual él debe ser parte sustancial.

Es indudable que ese proceso de restitución y de insurgencia, indispensable y pre vio dentro del discriminado, estaría incompleto y tendría derivaciones en realidad intrascendentes si no fuera acompañado indisolublemente de otro aspecto, el de la visión revolucionaria, tanto en el enfrentamiento al actual sistema como en el objetivo de una nueva sociedad. El co lonizado se levanta y lucha por su propia identidad, o consigue hacerlo a partir de ello. Esto se convierte en la práctica en un fin y en un medio simultáneamente. No es graciosa concesión que recibe de los discriminadores; son su presencia y parti cipación decididas en una tarea común las que lo determinan.

Por lo mismo, su camino no está en la estrecha visión del mejoramiento de su comunidad dentro del sistema. Su aporte se-

ría aislado e improductivo al volver a aplicar sus conocimientos dentro de las perspectivas y posibilidades que ofrece ante sí la actual sociedad.

La posición del colonizado es justa para consigo mismo y para con su pueblo en la medida en que participe en la transformación radical de la sociedad. Hay que volver o estar ahí, en donde se es útil y necesario; pero para trabajar revolucionariamente, no en el resquicio ni por las migajas de la legalidad, la competencia, el prestigio o la legítima satisfacción. Estaríamos ante el caso de quien hubiera equivocado lamentablemente la dirección del camino, pues sólo se estaría convirtiendo en pieza exótica, si se quiere para el prisma de lo que sin darse cuenta estaría sirviendo: el actual sistema.

Hay que tener claro que el verdadero sentido del rescate y reivindicación de lo nuestro, en todas sus manifestaciones y profundidad, tiene su razón y origen en la confrontación definitiva, a partir del cuestionamiento del orden de cosas que impera desde la conquista en nuestro país. Su única y auténtica posibilidad es la misma esencia revolucionaria y transformadora. Pensar en otra forma es no sólo negar toda potencialidad, sino incluir un índice de propia inseguridad y falta de madurez.

A. BURGUESIA NATURAL

El primer sector lo encontramos agrupado alrededor de la población natural acomodada económicamente. Dentro de ellos estará la burguesía natural, como sector dedicado a actividades comerciales y de diverso tipo, que le brindan un estatus diferente y que incluso hace que tengan en una u otra forma población que trabaja para ellos y a la que efectivamente explotan.

Estos sectores guardan o reivindican, en un pequeño sector del país, ciertas características exteriores de su identidad natural, y su posición económica les permite en su nivel regional una discriminación más atemperada, en el sentido de que no son víctimas de ella en forma brutal y descarnada. Pero, aún en los lugares en que ellos son poderosos, siempre son víctimas de una subvaloración y discriminación en toda la línea.

Aunque cierta parte del poder económico a escala local esté en sus manos, no existe una parte equivalente de poder político en ellos. Este les es inexistente e inalcanzable en los cánones y reglas actuales. Su poder económico es limitado y no tiene ningún parangón posible con el de la oligarquía guatemalteca. Sus medios de explotación no están en los rubros principales de la explotación oligárquica. Carecen de poder político y significación a nivel nacional.

Es decir, que, aunque formen parte del sistema en sus mecanismos de explotación, la situación de ellos es peculiar y sus propias posibilidades de desarrollo como burguesía son realmente limitadas, tanto en el orden económico como en el social.

Esta situación nos lleva a concluir que su reacción frente al movimiento popular estará más definida por su carácter de burguesía, aunque por su propia situación objetiva -discriminación y limitaciones- su respuesta será siempre contradictoria u oscilante.

Pueden darse desgajamientos significativos hacia las fuerzas populares, en los que verán probablemente la respuesta al enfrentamiento del que ellos han sido víctimas pero que no fueron capaces de asumir. Su historia, conformación y ubicación dentro de la estructura les niega esta posibilidad. Su papel es similar al que tienen o han jugado como clase las burguesías nacionales en los países latinoamericanos frente a las tareas de desarrollo capitalista y a sus antagonismos con el imperialismo extranjero.

Se abren dos perspectivas para estos sectores. Una dentro del sistema, para salvaguardar sus intereses económicos, que podría estar matizada por un micro-reformismo en casos muy álgidos para el futuro. Ello es muy improbable, por el mismo desprecio y temor de la oligarquía por cualquier asunto que puede empezar a filtrar

algo que se convierta en grieta que después concluya arrasando el mismo dique.

La otra perspectiva será unirse a un movimiento popular, en donde podrían tener un lugar, como discriminados, dejando de lado sus aspiraciones de clase. Es también muy problemático que suceda, por razones evidentes, aunque no imposible en algunos casos aislados y personales. Como sector de clase no pueden jugar ni jugarán un papel aglutinador, mucho menos dirigente.

Estarán en una encrucijada, que podrá precipitar en algunos una mayor identificación con sus hasta ayer discriminadores; otros tratarán de ser indiferentes; unos más simpatizarán silenciosamente, y una minoría quizás en determinado momento participará.

A manera de conclusión, la burguesía natural, como sector de la burguesía nacional, no jugará un papel revolucionario. Su actuación tampoco se caracterizará como un apéndice y con la virulencia de otros sectores de la misma clase. Su destino será lleno de contradicciones y vacilante.

Hay que ubicarla exactamente en su magnitud y dimensión, pues ha habido la tendencia a exagerar su existencia. Su dimensión, con respecto a los sectores explotadores, es muy pequeña bajo todo punto de vista, económica y numéricamente. Y su ubicación geográfica no escapa a cierta significación en la ciudad de Quetzaltenango

y, en mucho menor escala, a un par de ciudades más del altiplano o tierra fría.

B. LOS SECTORES INTERMEDIOS

Dentro de la población discriminada, los sectores intermedios ofrecen matices interesantes y de gran potencialidad, a reserva, por supuesto, del camino y posiciones a asumir. Son los sectores que en forma más conflictiva han sufrido la discriminación; es a quienes les ha planteado una gama mayor de contradicciones en el desarrollo de sus propias perspectivas y aspiraciones. El problema se les ha presentado como un valladar segregador para poder alcanzar posiciones similares a las que podrían aspirar sus homólogos de clase dentro del actual sistema.

El hecho más profundo es, sin lugar a dudas, el motivo de esta segregación y las implicaciones que tiene para quien la padece. Es el discriminado el que soporta la enorme presión del medio extraño a él, pero al que en alguna forma quiere pertenecer o desea integrarse, que le hace pagar una alta cuota de desprecio, que llega a traducirse en autonegación para medio aceptarlo.

Nunca se le considerará como un igual. En el mejor de los casos se le tomará como una pieza curiosa o folklórica, que demostrará que dentro de los discriminados existen "algunos" inteligentes. Racismo pu

ro, que muchas veces no se percibirá nítidamente por los ropajes e hipocresías con que esta sociedad lo cubre.

A las múltiples limitaciones existentes hay que agregar la que determina el origen rural o campesino de estos sectores. Con ello podremos apreciar el insignificante porcentaje que suman los que muchas veces se colocan como ejemplo a la inversa, afirmando la igualdad de posibilidades y la inexistencia de barreras racistas dentro de la sociedad.

Las amarguras, frustración y contradicciones sufridas por este sector intermedio están por escribirse, o quizás nunca se dé un testimonio cabal de su situación. Es una historia secreta de la ignominia guatemalteca, escrita en capítulos de burla, hostigamiento y menosprecio, en cuyas páginas habrán naufragado centenares de aspiraciones y se habrá tenido que soportar cotidianamente el pesado fardo de la discriminación.

Tres arquetipos surgen como fruto de esta situación en la actualidad, que no responderán en forma acabada y rigurosa cada uno a la realidad, pues dentro de ellos unos tendrán elementos de otros y existirán las inevitables variables.

En primer lugar encontraremos quienes creen o sienten que su camino de liberación o compensación es dar un paso definitivo: negar su origen. Tratan desesperadamente

de borrar todo vestigio y posible vinculación con su pasado; en un aparente y traumático olvido, se identifican de tal manera con el colonizador, que se convierten en un tipo muy particular de discriminador. Su identificación completa encuentra su éxtasis en la práctica de la discriminación, que es el primer rasgo que adopta del modelo que persigue. Lo más notable es su deseo de negarse, de ignorar la situación racial; se convierten en unos espléndidos aliados para el disimulo y escamoteo de la situación general.

Su acción estará determinada y tendrá las características de su particular ubicación o actividad. Así, los tenemos en el medio intelectual, profesionales, maestros, estudiantes, como también en otras actividades burocráticas, comerciales, etc.

Su posición es, pues, virulenta y alérgica a cualquier planteamiento sobre el tema. Su causa está en la misma raíz del problema y el cimbrar de los cimientos falsos, sobre los cuales ellos han logrado erguirse.

Si pensamos en su número, por las mismas circunstancias que han tenido que afrontar, no deben ser numerosos. Su peso dentro de las determinaciones de la sociedad a niveles políticos, económicos e ideológicos, es escaso, por no decir inexistente; su falta de propia base económica y social lo determina, siendo su situación dentro de la sociedad poco confortable y es-

table.

No saldrá de ellos nunca un planteamiento para vislumbrar la lucha contra el racismo. Sus respuestas en la lucha popular revolucionaria pueden ser múltiples y variadas, con una considerable gama. Será dentro de estos sectores discriminados donde paradójicamente se encontrará una resistencia mayor, por lo menos inicialmente. Se tendrán que agudizar muchas contradicciones, sólo que ahora en forma inversa a las que sufrió en su penoso camino de asimilación al mundo discriminador.

Pero eso le será relativamente fácil, si parte de que no es de ninguna manera un paso atrás el que tiene que dar; es simplemente una integración propia de su identidad, en donde aprovechará mejor todo lo que ha aprendido.

Si su sentido es suficientemente crítico, si sabe evaluar su propia situación, verá que no es más que una mínima parte de un drama multitudinario de dimensiones increíbles y sangrientas que viven y han vivido sus hermanos, sus ancestros.

Encontrará una nueva perspectiva, insospechada, a la que podrá llegar si se afirma en su conciencia revolucionaria y comprende el camino que tiene enfrente junto a todo su pueblo, al lado de los discriminados y explotados. Otros caerán en el torbellino contrarrevolucionario y fenecerán en él como instrumentos secundarios y des-

preciados.

En segundo lugar, dentro de otros sectores intermedios discriminados, hay una incipiente toma de conciencia, una especie de rebelión, con un surgimiento que sin duda ha sido difícil y penoso, que ha llevado tiempo, pero del cual se perciben claramente sus frutos en la actualidad.

Son grupos que han tenido que vencer y afrontar buena parte de los prejuicios, intentos de ridiculización y aislamiento propios de toda la situación descrita. Esos grupos, por su propio desarrollo, pueden llegar algunos a una etapa crítica; otros pueden llegar a adoptar posiciones no siempre adecuadas o eficientes; o pueden derivar a un estancamiento que significaría su propia frustración en cuanto a las posiciones que adopten.

Sus puntos de partida, a pesar de tener en su origen un denominador común, son distintos en proyección. Responden a la misma necesidad y buscan un igual objetivo, pero éste se manifiesta a través del propio enclave en cuanto a actividad, posición económica o lugar que ocupen dentro de las estructuras de la sociedad. Prevalce en los medios intelectuales.

El factor aglutinador, la propia afirmación y reivindicación del ser discriminado, adopta diferentes formas y distintas manifestaciones, contribuyentes en su mayoría al objetivo general; algunas corren

el riesgo de perderse y desperdiciarse, al igual que muchas de las actividades o aspiraciones de los sectores pequeño-burgueses, progresistas o revolucionarios.

En otras palabras, el factor aglutinador no está homogenizado. La necesidad de afirmación es evidente; el problema surge en cuanto a los caminos y medios para seguirla, pero más en su perspectiva, en la que entra también la diversidad de concepciones que sobre ella se puedan dar. Algunos pensarán que el camino será la reivindicación cultural; otros, el poder local; otros más, hacer patente la afirmación de lo natural con su presencia combativa en eventos, o lograr la organización de pequeños grupos aislados en la práctica, etc.

Se habrá conseguido una parte de esa afirmación; pero debe tomarse como primer paso y no como objetivo absoluto; de lo contrario se correrá el riesgo de caer en el vacío, al no haber sustentación política que vaya más allá de las buenas intenciones y proyectos. Mientras sus actividades no rebasen los límites permitidos, podrán funcionar o ser toleradas; pero cuando entren a campos o temas que ya sean ofensivos, serán igual y duramente reprimidos.

El peligro más grande que puede correr el discriminado de sectores intermedios, que ha emprendido este camino de liberación, es dejarlo a medias por no darle una sali

da y conclusión revolucionarias. Otro de ellos puede ser el magnificar el aspecto de autoafirmación en lo que trabaje o ciba (cultural, organizativo, gremial), lo que podría resultarle más cómodo y hasta convertirse en un modus vivendi. Hay infinidad de pequeñas trampas en ese sentido.

Cabría agregar que, si no se mantiene o incrementa su vinculación con los sectores populares discriminados, su lucha irá careciendo de vigor y autenticidad. Un aspecto importante es vigilar atentamente la posibilidad de un excesivo aislamiento, cierto enconchamiento, que en la práctica le limitará y quitará efectividad en su propia causa.

Aquí entra cierta sectarización, fenómeno explicable por la virulencia de los ataques recibidos, por la necesidad de auto-defensa y, sobre todo, por la desconfianza inherente -muchas veces imperceptible, otras excesiva- a todo lo que no esté demasiado ligado al propio mundo recientemente reconquistado. Este es un riesgo probablemente pasajero, en la medida en que la propia profundización y ubicación definitiva de su posición lo sitúe mejor.

Aparte de lo anterior, pueden influir las tendencias de sectarización latentes y desarrolladas constantemente dentro de la pequeña burguesía, ambiente y limitaciones que habrán dejado sus lastres entre quienes se hayan incorporado o compartan

ese medio. Para su verdadero funcionamiento revolucionario, es importante que lo tenga en cuenta el colonizado que ha restituido su identidad y ha sabido enfrentarse y levantarse en contra del racismo.

El discriminado tiene ante sí una tarea compleja, una doble batalla, si quiere jugar un papel efectivo y llevar a sus últimas consecuencias su proceso. Es un camino con tramos difíciles, en los que requerirá gran entereza; delicados otros, para saber sortear y conseguir eficiencia en sus propios objetivos. Es necesaria la seriedad para no perder el rumbo.

En cuanto al papel que puede jugar, es de importancia. Bastaría decir que su situación le ha permitido el acceso a un dominio de técnicas y conocimientos que al resto del pueblo el sistema ha negado y restringido. Sus posibilidades de desarrollo ideológico y capacitación revolucionaria son grandes y cuentan con un punto de partida ventajoso. Deberá volver a su pueblo (en el sentido social, no necesariamente geográfico) como un hijo más; dispuesto a dar todo, como también a recibir; a formar, pero a formarse también; a realizar la gran tarea de la cual él será parte en la medida en que se sumerja y se integre al mar popular.

Por último, en los sectores intermedios colonizados existe un segmento pequeño que, aunque con apariencia de reivindicar posiciones naturales y con pretendido acento

de ser voceros y representantes de estas masas, no son más que manipuladores y demagogos que utilizan la circunstancia de su origen y la blanden para conseguir posiciones personales y granjerías dentro del sistema.

La mayoría de ellos podrá ubicarse dentro de los "políticos" de los partidos actuales en el país y en alguna que otra institución diseñada por los colonizadores racistas para tratar de derivar la realidad social de las masas naturales a posiciones estériles, reformistas o paternalistas.

Su papel, destino y perspectiva es claro. Seguramente de ellos echarán mano, en una estrategia general y más articulada, contra el movimiento revolucionario. Su papel, triste y despreciable, será de aliados para confundir, dar un soporte artificial, inventar una falsa apariencia de conciencia y raíz nacional, con el uso de algunos símbolos o aspectos, que en las indignas manos tráfugas son elementos pintorescos o folklóricos; y que por el sentido y uso que se hace de ellos, llegan a la incalificable traición de su propio origen y causa.

C. EL PUEBLO NATURAL

Veamos ahora la masa discriminada, el pueblo natural. Aquí encuentra su objeto y sujeto real el racismo en nuestra socie-

dad. Si analizamos el impacto que ha tenido dentro del pueblo, a reserva de que lo veremos más detalladamente, encontramos como aspectos principales su efecto y reacción.

En cuanto a efecto, el racismo produce una de las situaciones más propicias para la opresión y explotación. Sin duda que una política tan descarada de rapiña y su misión no tendría una base de sustentación tan sólida, amplia y prolongada en el tiempo, si no hubiera contado desde sus inicios con este decisivo instrumento. Este es un hecho incontrovertible, común a todos los pueblos en donde, a partir de una ocupación colonial, se estableció un régimen correspondiente de explotación.

Las manifestaciones y efectos del racismo son múltiples, y afectan en su conjunto aspectos de la vida social, comunal, familiar e individual. Su interrelación con los problemas de clase es indisoluble, como en el caso de Guatemala.

De ninguna manera se puede ubicar a igual nivel que cualquiera de los otros efectos o hechos ideológicos superestructurales que se dan dentro del sistema. Es una pretensión ridícula, si se hace de cara a nuestra realidad.

En este marco se encuentra aprisionado el discriminado. La práctica y filosofía de la discriminación están destinadas a quebrar y negar la condición humana. Están

concebidas en base a esa diferenciación por raza para que se acepte como un hecho común. La presión es una de las más terribles e indignas que tenga que soportar un pueblo o un individuo. Su origen, raza, piel, idioma, en una palabra su ser, lo condena irremisiblemente. Lo marca como un ser destinado a la servidumbre, haciéndoselo sentir a cada instante.

La humillación y desprecio, expresados en los más nimios detalles, presentes en todos los lugares, tratan de aniquilar al hombre para convertirlo en un silencioso fantasma que corta café, cosecha algodón, que se amontona como bulto en los transportes, a cambio de unos granos de maíz y unos regateados centavos, si hablamos de hombre que lo afronta.

Al recordar la historia del país, cualquiera tendrá que convenir que el efecto que el racismo ha tenido hasta ahora ha sido altamente productivo, tanto para la sobrevivencia del sistema, su implantación y funcionamiento, como para el cuantioso beneficio y existencia misma de la oligarquía terrateniente. Es decir, que como hecho político y social, combinado y ayudado con todos los otros aspectos presivos, institucionales, etc., ha dado tales resultados hasta ahora.

¿Sería alguien preguntarse si por esa misma situación creada por el racismo, su efecto aletargador, deshumanizante y destructivo, habrá producido daños irreversibles

o irreparables que hayan conseguido por completo la aniquilación de la existencia de ese pueblo, de su conciencia y de toda posibilidad de liberación. Es una apreciación importante, sobre todo en sus conclusiones, pues de ellas pueden surgir posiciones revolucionarias o francamente reaccionarias.

Hay dos temas para poder responder a esta interrogante, que dan una respuesta completa. Estarían contenidos, tanto en la explicación del origen de la perpetuación de esta situación (racismo - explotación), como en la reacción y posición que existe por parte del discriminado frente a ello.

Para comprender el origen de una perpetuación tan prolongada, hay que retroceder más de cuatro siglos, donde se inicia; desde entonces se ha mantenido con una continuidad perfecta y absoluta, con algunas variaciones de modalidad solamente. Esto significa una implacable y coherente política de negación, destrozo y subvaloración. De momento, por el uso y manipulación de la historia a favor del colonizador y los opresores, sólo podemos vislumbrar en realidad el mecanismo de esa política al ver los resultados y la práctica actual. Entonces sí comprenderemos la profundidad, violencia y arrasamiento que esto ha tenido y las consecuencias que produce.

En otras palabras, ha creado un disloque, una pérdida de sustentación, autoafirma-

ción y confianza que no ha permitido la creación de condiciones favorables para una insurgencia general o apreciable. A pesar de la magnitud de la catástrofe que se ha cernido, han logrado sobrevivir y preservarse en un sentido de cierta pasividad y resistencia, si lo observamos con los criterios necesarios para un enfrentamiento, aunque en forma heroica y admirable, si lo apreciamos en la lucha sorda, callada y cotidiana para no ser aniquilados plenamente durante centurias. Entra también la contradicción del colonizador, que tiene que dejar ese margen de subsistencia para que se reproduzca y exista su mismo sujeto de explotación.

No está demás recordar que la colonización tuvo características diferentes a las que se dieron en otros países de América. Su política se orientó al sojuzgamiento del hombre, además de sus tierras, riquezas y país. En otras partes esta política fue el exterminio físico de los pueblos naturales, dados los particulares intereses que se perseguían.

La conciencia de un cambio necesario, la imaginación de que esto fuera posible, ha tenido que ir partiendo de condiciones excepcionalmente difíciles, dados los factores tantas veces mencionados, lo que no es aislado del desarrollo político general del país. El proceso de maduración de una conciencia revolucionaria tiene inicialmente que sortear mayores obstáculos para su surgimiento, dadas las presiones de los

factores alienadores que operan en su contra, siendo los principales la falta de seguridad y la necesidad de una ubicación histórica en una perspectiva política.

El asunto ofrece muchos matices y es rico en experiencias, pues simultaneamente y en forma paralela existe la tradición -que se conserva con la certeza de un tesoro- del advenimiento de un tiempo mejor y de un cambio que significará el fin de toda esta era de sufrimiento.

Nosotros pensamos que es una fuerza, una forma de sentido revolucionario, de necesidad histórica, que los pueblos conservan en los tiempos amargos, para vencerlos y cambiarlos.

En resumen, conviven en el mundo del colonizado, en primer lugar, su realidad presente y abrumadora que lo dobla -como un tallo- pero que no lo ha quebrado. Constituye en sí una innegable y contundente victoria frente al opresor. Una primera, dentro de una serie que protagonizará succesivamente hasta la definitiva. Significa una base para construir el principio del fin, si lo vemos desde el punto de vista político.

En forma más tenue, se da la esperanza del cambio que vendrá con el tiempo, en una dimensión -aunque sea paradójico- intemporal. En ello habrá que precisar que falta la idea de cómo hacerlo y cómo conseguirlo, entendiéndolo en función revolu-

cionaria y a niveles de grandes masas, lo que significa un paso definitivo, un cambio cualitativo. En cierta forma, es un problema de otra naturaleza, crucial, a resolverse por cualquier pueblo del mundo en el proceso de su revolución. Está inmerso en las complejidades y dificultades, así como en las posibilidades y potencialidades que se tienen en un camino de guerra popular revolucionaria.

La reacción del colonizado nos parece lógica y normal. Pero en una sociedad como la guatemalteca, determinados sectores alienados o en vías de desalienación tienen serias dudas sobre ella. Plantean la imposibilidad de desarrollo y participación en un proceso de guerra revolucionaria. Temen esa incorporación por imaginarla o concebirla como un torrente de venganza, un enfrentamiento interracial.

Presentamos esas dos posiciones en esa manera, aunque algunas veces su formación adquiera formas diferentes, un poco sofisticadas quizás, pero que en su esencia corresponden a dichos enunciados.

Para analizar estas dos posiciones, comenzaremos con una afirmación: en el discriminado están claramente presentes y en un grado latente todas las condiciones objetivas para un levantamiento revolucionario.

Esta es una apreciación que no implica espontaneidad o inmediatez. Su capacidad de a

similación, identificación y firmeza en relación a sí mismo y a otros sectores populares son extraordinarias. Esto permite afirmar que allí está una cantera inagotable de cuadros, dirigentes, militantes y combatientes verdaderamente insospechada; pero no están allí al garete, a la mano de cualquiera. Sus propios mecanismos de defensa, muy cuidadosa y sólidamente establecidos, preservan y reservan con un muro de indiferencia e impenetrable desconfianza su misma fuerza y su mundo ante lo que no sienten suyo.

En otra perspectiva, es una ventaja aún bajo el punto de vista operativo. ¿Acaso no son esos los principios que toda organización clandestina exige de sus miembros?

Quienes se estrellarán y se han estrellado ya, en una y otra forma, y sacarán de allí sus más peregrinas conclusiones, son y serán aquéllos que, sin entender ni sentir la problemática del colonizado, del pueblo natural, fracasarán irremediablemente, sea por paternalismo, incapacidad o rechazo simplemente. Este fracaso se convierte en una teorización, en una barrera infranqueable para el desarrollo de una estrategia. Se han dado casos ya en nuestro país y se repiten por parte de algunos todavía. Lo que ha sucedido es que la tarea o empresa ha sido muy superior a la mentalidad de quienes, cargados de prejuicios y lastres racistas, la han afrontado.

En cuanto a la reacción del discriminado -imposible para unos, temida para otros-, no tiene ningún misterio ni debe presentarlo, ni ser tampoco incógnita para cualquier revolucionario. En párrafos anteriores hemos hecho algunas afirmaciones que la práctica y la historia comprobarán.

Queda por responder la pregunta que algunos se hacen: La cólera, la ira del pueblo natural, ¿es o será un torrente desbordado, ciego, indiscriminado, y además racista?

Dijimos antes que el racista hace una proyección de sus propios valores y conducta hacia el colonizado; se los adjudica a él, llana y abusivamente; y de esa manera interpreta, imagina o define su conducta a seguir, sumando a ello los temores que surgen en el mismo discriminador, por lo que percibe se ha consumado. El temor o angustia es que le hagan lo mismo que él ha hecho.

Esto sucede por parte del discriminador, mas no por parte del discriminado. La diferencia está en la razón y naturaleza de la lucha del oprimido y los motivos y razones del opresor. Son dos objetivos diametralmente opuestos y obviamente antagónicos, que parten de concepciones diferentes para cubrir necesidades distintas. Precisemos éstas.

El discriminador necesita y usa este instrumento para sojuzgar; el discriminado

lucha para liberarse. El colonizador establece y define un régimen de desigualdad; el colonizado encamina su esfuerzo a la búsqueda de la igualdad. Hay establecido un régimen de injusticia; el discriminado se enfrenta para buscar justicia. El discriminado es explotado y se levanta para terminar con la explotación; el otro reprime, mata, tortura y encarcela para que eso perviva.

De esa manera podemos tipificar la posibilidad de lucha del discriminado en estos sentidos: él busca y necesita la igualdad, no la supremacía; busca justicia, no revancha. Ese es el verdadero sentido que tiene la lucha anticolonial. Que no la quiera entender y la interprete de otro modo el racista, será problema de él.

Sabemos que se replicará al párrafo anterior diciendo que es una versión antojadiza de la visión del colonizado; que la realidad es contraria a lo expresado; que allí están tales o cuales casos que demuestran lo contrario, acompañados de las más increíbles interpretaciones.

Algún día, como curiosidad histórica o como testimonio antológico de lo que es el racismo en Guatemala, habrá que recoger todas esas argumentaciones. Aquí no podemos glosar cada una de ellas. No tiene sentido además, porque la mayoría -quizás como un rasgo peculiar de una forma fragmentaria de ver las cosas- siempre están basadas en hechos o actitudes individuales.

les y particulares y con una gran dosis de distorsión, que no corresponden al análisis de carácter social.

No obstante, en este aspecto quizás lo que valdría recoger es la argumentación del racismo a la inversa; es decir, la interpretación -que algunas veces se plantea como riesgo y otras como certeza- de que en el natural o discriminado el racismo es su tendencia, aspiración o como quiera llamársele, en cuanto se reconoce como tal; o más generalmente, como una constante actitud en su conducta.

Esto no sólo es un índice, sino motivo de afrenta e indignación. Es grotesco, para llamarlo de alguna manera, ver estos reclamos por parte de quienes son testigos cotidianos -pero totalmente indiferentes, cuando no practicantes- de la discriminación. Esto se da comúnmente entre los sectores intermedios alienados, y en algunos casos en sus equivalentes de clase, pero en esta circunstancia más por intereses personales o políticos que por razones de discriminación.

Retomando el problema general, se puede afirmar que, como hecho social y a nivel popular, no existe ninguna tendencia racista ni hay en nuestro pueblo natural ningún sentimiento que lo demuestre. La interpretación dada por algunos a la desconfianza y hermetismo frente a lo que parece extraño al mundo natural, salvo que se manipule, se puede considerar como mani-

festación de racismo a la inversa. Tantas veces se ha dicho, y habrá que repetirlo: Acaso se pretende que reciban con los brazos abiertos a quienes, en una u otra forma, tienen todas las características y conducta de lo que ha significado la opresión, el desprecio más inaudito y el despojo?

Es más, la realidad en cuanto a la desconfianza no es ésa. Pensamos que ésta ha sido en un gran porcentaje vulnerable. Si fuera tan rígida como la sienten los racistas, quizás hubiera sido menor la posibilidad de daño que se hubiera recibido. Recordemos el pensamiento de la extraordinaria historiadora L. Sejourné, quien menciona entre una de las causas que facilitaron la conquista de muchos pueblos americanos, la confianza, la falta de imaginación sobre la clase de hombres e intenciones que venían detrás de los invasores.

Veámoslo ahora desde el punto de vista teórico. El discriminado no necesita bajo ningún punto de vista del establecimiento y florecimiento del racismo. Hemos ubicado la implantación y la existencia de éste en nuestra sociedad: Ha correspondido a una necesidad del explotador, dadas las peculiaridades con que acá se estableció el sistema. Por otra parte, hay que interpretarlo como una de las áreas regionales de la estructura general de la sociedad, en la cual el papel determinante está dado por la estructura económica.

¿Qué base de relaciones de producción pretende o es posible que establezca el discriminado, en su mayoría campesino pobre? ¿Será tan grave el problema de la alienación, que para analizarlo olvidan lo que usan como estandarte, por otra parte? En otras palabras, ¿cuál es la base económica, qué sistema y estructura podría generar un racismo por parte del oprimido y explotado?

Puede surgir o existir alguna tendencia racista a la inversa, pero ella entra más en el campo de las suposiciones o posibilidades, pues, si se analiza objetivamente lo que hasta ahora se da o pretende en casillarse dentro de este marco, es sumamente discutible e inadmisible este calificativo, por la forma y criterios que se siguen y hemos explicado.

No obstante, no lo descartamos como posibilidad, así como no ignoramos la infinidad de desviaciones y equivocadas interpretaciones que se vienen dando sobre cualquier otro tópico de orden ideológico y político dentro de las organizaciones revolucionarias a todos los niveles. No debe interpretarse que con el problema del racismo a la inversa sean tan prolíficas y frecuentes. Es simplemente ver, rigurosamente, cuál es la realidad y las condiciones del país.

En el caso que se dé alguna desviación de este tipo, será algo totalmente aislado y sectarizado, pues, aunque se crea o afir-

me lo contrario, ello no corresponde a las aspiraciones de la masa, así como tampoco corresponden otra serie de planteamientos de organizaciones actuantes, que no han podido movilizar, orientar o cumplir el papel para el cual se supone han sido creadas.

Lo importante de este aspecto es asentar que ese tipo de posibilidad no invalida, ni mucho menos es un riesgo, para el planteamiento del problema en forma correcta y revolucionaria.

Varias páginas podríamos llenar con la enumeración de desviaciones en el pasado, en el presente y las que pudieran darse en el futuro, dadas dentro de la teoría, partidos, organizaciones, etc., que han perseguido o levantado banderas revolucionarias y progresistas. Pero no se nos ocurriría sacar como conclusión que hablar de revolución y luchar por ella es un riesgo, dadas las desviaciones que se han dado.



CeDeMA

III

TEORIA Y REALIDAD: ALGUNOS PUNTOS EN CONTROVERSA

I. LAS LIMITACIONES Y SU IMPLICACION CON EL RACISMO

Es necesario, para completar un panorama introductorio sobre el problema del racismo, hacer un análisis del por qué la consideración del racismo como una de las cuestiones clave en una sociedad colonizada, no sólo se ignora por completo (tradicionalmente) en los sectores de izquierda tradicional, sino que, cuando ha expresado opiniones o fijado posiciones, éstas invariablymente han sido incongruentes con un pensamiento de avanzada, cuando no francamente reaccionario.

Este tema tiene varias facetas que, aunque no las veamos exhaustivamente, nos permitirán una aproximación para comprender la raíz de esta paradoja.

Debemos tener presentes las diferentes conductas que, según la ubicación social y de clase, se presentan con respecto al pro-

blema del racismo en nuestra sociedad; son condicionantes de toda esta problemática, aunque obviamente ello no queda aquí, pues, aunque estén inmersas en la realidad y en la estructura social del país y ello determine posiciones ideológicas, tendría que ser superado necesariamente en un pensamiento y posición revolucionaria en lo ideológico y político, para cubrir una función crítica de la sociedad.

Recordemos que no es suficiente, aunque sí necesario, identificarse con una ideología revolucionaria para cumplir ese papel. No basta proclamarse ideológicamente; es indispensable que la teoría revolucionaria se desarrolle, se interprete, se elabore sobre la realidad y establezca de ahí sus estrategias y tácticas adecuadas.

Principalmente nos interesa en este enfoque situar algunos aspectos de fondo y de carácter general acerca de las limitaciones que ha tenido la izquierda marxista tradicional, dejando de lado los aspectos circunstanciales de personas u organizaciones. Esto es necesario, tanto para la mejor comprensión y ubicación de la problemática racista y colonial, como para la interpretación y práctica de otros aspectos ideológicos y políticos de nuestra realidad.

II. LIMITACIONES DE LA IZQUIERDA MARXISTA TRADICIONAL

Bajo el punto de vista teórico, podríamos caracterizar las siguientes limitaciones con tres rasgos significativos: esquemática, dogmática y colonizada. Son aspectos distintos que guardan una gran interrelación entre sí, dando un resultado muy característico.

A. ESQUEMATISMO

El esquematismo hay que considerarlo como la tendencia o práctica ideológica que lleva a establecer todo análisis o interpretación de la realidad social en base a un esquema preconcebido, sobre todo calcado de manuales, artículos de divulgación o programas de otros partidos.

Es un método que conlleva en sí la negación de todo carácter científico. Su práctica habitual ha llevado a condicionar toda una manera de pensar y actuar. Su inoperancia e ineficacia está a la vista, aunque muchas veces no se perciba claramente cuál sea la causa.

La calca, por bien hecha que esté u óptimo que sea el modelo copiado, sucede que para su aplicación a una realidad concreta muy difícilmente corresponde y satisface esa necesidad, pues el modelo que se sigue o transcribe -con el sólo cambio de

nombre o fechas- fue concebido para otras condiciones, sociedades, coyunturas y momento histórico. (De ahí su éxito ciertamente). Hay un desfase entre la elaboración teórica -o lo que se pretende como tal- y la realidad sobre la que se pretende aplicar. En el mejor de los casos, esa interpretación es un simple alarde de dudosa erudición.

Las implicaciones que ello tienen son más graves. De esta manera, los movimientos y organizaciones de izquierda se quedan desarmados políticamente, aunque en apariencia sus pertrechos sean abundantes y contundentes. Se proyecta de inmediato a los hombres que elaboran y más a los que tienen que aplicar dichas concepciones. Los dirigentes, cuadros y militantes, formados dentro de esta metodología, difícilmente aciertan a cumplir su papel de vanguardia, pues llegan a estar tan alejados de la propia realidad que su capacidad de comprender para poder orientar esa transformación está minada en la base, siendo deficiente su misión. La estrechez para poder contemplar la perspectiva, el divorcio notable entre ellos y las masas populares, su estancamiento y falta de dinámica, están influidos de manera muy importante por esta forma de afrontar la elaboración teórica.

Lo que suele suceder con el esquematismo es que se confunden los principios generales de los que hay que partir, con el todo. Repitiendo las cosas elementales, se

Cree suficiente y bien cubierta la necesidad teórica. Otras veces se simplifican o complican, haciéndolas ininteligibles hasta para ellos mismos.

El resultado, indefectiblemente, es que se escapan las peculiaridades, las características y los aspectos fundamentales. Se cae frecuentemente en lo periférico, alejándose así de las posiciones revolucionarias, para llegar o lindar al reformismo.

¿Cuándo se irá a comprender que el sólo enunciar una aspiración dista mucho de plantear una posición revolucionaria?

Mencionar una contradicción sin aplicarla ni explicarla a la luz de la realidad concreta, observando cómo ella funciona y se proyecta en una sociedad, de poco sirve en la lucha política revolucionaria.

Pero si este método deja de lado los aspectos particulares, como un efecto de lo primero, no cubre luego lo otro; es decir, no consigue la totalidad y la universalidad de la problemática social, por lo que su insuficiencia es enorme, por no decir total.

Definitivamente, no es posible ejercer una función adecuada cuando estos dos aspectos fundamentales de la elaboración teórica no se cubren. Cabría aclarar que no estamos diciendo que estos aspectos no existan, que no estén hechos. El aspecto de fondo es que no corresponden en su con

junto a la realidad del país. Quizás sorprenda una afirmación como la anterior; es tan enunciados y considerados en las elaboraciones teóricas, o que en tantas decenas de páginas están abarcadas todas las contradicciones que integran la problemática del país y su justa resolución. Pero preguntaríamos, entonces, si un simple catálogo de problemas puede cubrir esta función.

Hay aspectos centrales, en cuanto a la concepción general de la sociedad, en donde estaría el quid de la cuestión y alrededor del cual el esquematismo es más notable. Los principios generales no se toman en su esencia, sino en sus aspectos externos, creando así visiones limitadas y mecánicas, en vez de complejas y dialécticas.

La práctica del esquematismo es por naturaleza estéril, desde el punto de vista ideológico y político. Deforma y llega a distorsionar -por el prisma con que se miran las cosas- la comprensión de la realidad, cayendo por consiguiente en conclusiones muy extrañas.

Existe una enorme diferencia entre la adecuación de una realidad a un esquema que se copia y la elaboración de un planteamiento en base al estudio o análisis de la realidad.

Esto último es lo necesario; no contraviene en ninguna forma el seguir una teoría

revolucionaria, en este caso el marxismo. Es cumplir precisamente uno de los principios de esta ciencia, su desarrollo a partir de las condiciones, características y momento histórico. No significa de ninguna manera que se dejen de lado los principios básicos y generales, ni que se ignore toda la experiencia internacional; los principios son indispensables y las experiencias de extraordinaria utilidad, siempre que se sepa emplearlos comprendiéndose que son un instrumento para trabajar y no la verdad revelada.

B. DOGMATISMO

El dogmatismo es una continuación y elemento integrante del esquematismo. Sus dos características principales están dadas por la consideración y por la aplicación del pensamiento de los grandes teóricos revolucionarios.

Esta es una forma de congelar la ideología revolucionaria; se confunde lo que es el conocimiento de una teoría, con la repetición de textos, citas o principios elementales, que cuando no están incluidos y profundizados en la realidad nacional o social, con todas sus características, formación y desarrollo, dejan de cumplir una función esclarecedora.

El rigor aparente con que se analizan los problemas no es más que un barniz para encubrir su inconsistencia; la cual salta a

la vista cuando ello se traduce a la acción política.

Lo llamamos dogmatismo por el uso que hacen de este pensamiento algunos de sus seguidores, no porque descartemos la validez de los planteamientos, ni las geniales aportaciones que han dado estos pensadores. Estas están por encima del mal uso que se puede hacer de ellos

Hay una nueva versión de escolasticismo, en la cual se supone que todo tiene que estar expresado y contenido dentro de los clásicos, y que el mejor argumento que puede darse es una cita de cualquier texto de ellos, sin importar, por supuesto -como si eso no fuera fundamental-, las condiciones, sociedad y época para las que fueran escritas o concebidas.

Lo que menos recuerdan de los clásicos es la necesidad creadora, como una constante del pensamiento marxista. Esta exigencia encuentra ninguna o muy escasa proyección en la práctica.

El dogmatismo limita grandemente el desarrollo revolucionario. Cuando existe una esclerosis ideológica, la posibilidad de ejercer y encabezar una acción consecuente y con perspectiva es tan remota como inalcanzable.

Parecería que el tan claro y citado concepto de que sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria, no se entiende

o comprende en su verdadero significado.

La falta de fluidez y adecuación revolucionarias tiene mucho que ver con el dogmatismo, aunque habría que aclarar que por fluidez y adecuación entendemos toda la compleja situación que debe afrontar una organización revolucionaria; que va desde la creación y construcción de determinadas condiciones, hasta el cabal aprovechamiento y precipitación de otras, para que de su conjunción armoniosa se transite con paso firme y seguro hacia la toma del poder, consiguiendo el triunfo de la revolución.

Para ello es necesario un ejercicio constante y consecuente -además de eficaz-, lo que no se consigue con la simple repetición o difusión de textos clásicos o esquemas calcados, que terminan en caricatura. La historia lo demuestra, tanto para el caso que nos ocupa en el aspecto negativo como en su real contraposición -el caso de las revoluciones victoriosas- en la parte positiva

Es increíble que, pese a la insistencia del conocimiento de la experiencia de los pueblos hermanos, este hecho sustancial quede desapercibido o no se asimile para convertirlo en práctica.

Cuando esto no se produce, se vive dentro y tras las opciones que brinda el sistema, aunque ello cueste clandestinidad, persecución y muerte. Lo segundo no quita lo

primero ni tiene validez como argumento. Es una circunstancia dramática y penosa; no de otra manera puede concebirse que se pague tan alto precio por tan poco logro, por tan pequeña meta, que por otra parte ha terminado algunas veces en catástrofe.

No está de más recordar lo que algunos autores han definido y que nosotros compartimos. La teoría revolucionaria, el marxismo, sirve y es instrumento para armar ideológicamente a los explotados en su lucha por la liberación. Ese es el sentido revolucionario que tiene como concepción, filosofía y práctica política. Para ello lo concibieron y usaron sus creadores y continuadores auténticos.

Entra así un elemento fundamental que se relaciona con el aspecto que estamos examinando; tiene dos partes esenciales que en la práctica con frecuencia se oscurecen. Se trata de considerar la teoría revolucionaria como algo vivo y que tiene que estar en un desarrollo constante, que implica la consideración, estudio y análisis de todos los aspectos de una problemática que muchas veces no fue abarcada por los principios teóricos, ni considerada siquiera, porque estos fenómenos no habían surgido todavía.

Es decir, que hay que hacer una doble consideración en cuanto a época y circunstancias, además de tener presente la necesidad de una prolongación y elaboración teórica a partir de los principios y leyes

generales que se establecieron. Ello corresponde a una de las existencias y práctica que no sólo ellos realizaron, sino que indicaron como camino a seguir.

El otro aspecto es el relativo al conocimiento y aplicación de la teoría revolucionaria. Puede existir un conocimiento de la teoría y ser capaces incluso de recitar de memoria párrafos enteros de los textos más sobresalientes, y ser miembro de una organización considerada marxista; con eso no se garantiza serlo realmente y que se cumpla una función revolucionaria, porque con esta teoría, además del conocimiento, es indispensable la elaboración. Junto a una posición asumida tiene que existir una práctica consecuente.

Esto es válido no sólo a nivel individual, sino que lo es aún mucho más para una organización. El papel asumido se cumple en la práctica, y quien lo califica es la historia, a la luz de los resultados alcanzados. Sólo pueden conseguirse logros satisfactorios mediante una elaboración correcta de la realidad que debe afrontarse.

Otro efecto importante de anotar, en cuanto a los productos del dogmatismo, es la incomunicación con la masa. Es fácil comprender si se toma en cuenta que nunca la masa se moviliza ante algo que le es extraño, que no corresponde exactamente a su situación y necesidad, que no es capaz de ubicarla en una perspectiva viable, que

no toma en cuenta todos sus aspectos, y que a la vez no sepa expresar las contradicciones en forma comprensible, capaz de llegar a conmover y retratar la situación que se vive, tanto en sus orígenes como en su desarrollo; ello no quiere expresar la práctica de un lenguaje falsamente popular, como en algunas oportunidades se hace. A lo que vamos es al aspecto de fondo: al cliché y al lenguaje estereotipado que proyecta el dogmatismo y que muchas veces se repite sin que se comprenda.

Si esto es así, imagínese el efecto que produce como vehículo de comunicación. La barrera que pone de inmediato entre la masa y la organización que la practique es insalvable. Tiene que ver con la formación de sus propios militantes y cuadros, por lo que se entra en un círculo vicioso, del cual muy difícilmente se sale.

C. COLONIALISMO

El tercer aspecto que enunciarnos, relativo a las limitaciones de la izquierda tradicional, es el que podríamos tipificar, a falta de un mejor término, como colonialismo, igualmente serio y dañino que los anteriores, con mayores implicaciones que ambos.

Veamos cuál es el carácter de esta dependencia y las manifestaciones que tiene

El significado que nosotros le damos a los

términos dependiente y colonizado es referido a los aspectos de orden ideológico. Analicemos sustancialmente cómo es que se producen y las razones principales por las que no se han superado. La formación de las actuales sociedades latinoamericanas se convierte en la parte medular del tema.

El proceso de colonización tan profundo e integral que se dio, hizo que, a partir del arrasamiento de todo el universo cultural y del hombre mismo de América, se considerara como válido y existente lo que venía de las metrópolis europeas.

El contenido ideológico, en cuanto a dependencia, no se alcanza a superar con los movimientos liberales en la época republicana. Lo que se produce es un cambio de orientación en cuanto a la relación de dependencia, una sustitución en el pensamiento metropolitano. Lo interesante es que, con sustitución o sin ella, el problema en su esencia sigue igual. Los cambios que se producen en el presente siglo, a excepción de la Revolución Cubana, no aciertan tampoco a romper con esa situación. Viene a ser un condicionamiento ideológico casi automático.

Dentro de este proceso, las clases opresoras encuentran su hábitat. La relación con los amos es más confortable y productiva en la medida en que hay una mayor identificación con ellos; es explicable por el mismo papel que históricamente les toca jugar como servidores incondicionales

del imperialismo. Esto ha sido a la larga, no del todo beneficioso para sus propios intereses y es probable que sea uno de los factores que haya inhibido el surgimiento de una burguesía nacional. Pero allí está presente esa necesidad de identificación servil; esa búsqueda constante y atenta de las manifestaciones y orientaciones ideológicas, económicas, políticas, culturales, tecnológicas, etc., para seguir las ciega y plenamente, algunas veces apenas traducidas al castellano, otras incluso -para darles más categoría -en el mismo idioma de la potencia imperial.

Se podría abundar en todo el tipo de manifestaciones y mecanismos de identificación-dependencia que abarcan hasta los más pequeños detalles de la vida cotidiana, incluyendo modas, gustos, costumbres, etc. Una verdadera antropología de la cursilería, la caricatura y la mediocridad. Ese es su destino, inherente a su función dominadora.

Lo que resulta fuera de un esquema razonable es que exista en organizaciones, en ideólogos y teóricos de izquierda, un mecanismo reflejo de dependencia y hondas huellas de colonización, diferente naturaleza y de manifestaciones distintas, aunque en cierta forma tengan que ver también con la situación de dependencia en el mantenimiento y estatus de ella, no por complicidad, sino por incapacidad para romperla; es en relación al papel y la función que cada uno cumple o está llamado a

cumplir dentro de la estructura social.

Este aspecto, el del pensamiento de izquierda, es el que nos debe interesar; hay que verlo con franqueza y sin ninguna mitificación; es mejor sorprenderse, impactarse y reflexionar profundamente, que seguir cómoda y mecánicamente repitiendo sin ningún rubor toda una serie de esquemas obsoletos, elaborando estrategias fruto de una ideología mal asimilada, traducida a una política mal aplicada. Lo importante es comprender hasta qué punto esta limitación congénita se proyecta e interfiere constantemente en el desarrollo y desenvolvimiento de una revolución popular.

Hemos estado haciendo referencia a la izquierda marxista tradicional a nivel latinoamericano, incluyendo no sólo a los partidos comunistas, sino también a toda una corriente que sigue esos lineamientos, esa manera de enfocar y de aplicar la teoría, aunque en algunos casos tengan posiciones de carácter político adversas, más por problemas de índole internacional, pasados o contemporáneos, que por divergencias en cuanto a situaciones nacionales. Tal podría ser el caso de los nuevos organismos surgidos de las contradicciones chino-soviéticas; o con anterioridad, en el caso del trotsquismo.

Ello fue especialmente notable en grupos significativos de las juventudes comunistas durante una época en nuestro país y en otros de América Latina, donde, en el

fragor de las contradicciones internas, la expresión del descontento se manifestaba en enfrentamientos que en la consideración de sus efectos parecían correctos, pero que en su raíz e incluso en sus manifestaciones y metodología no alcanzaron a abarcar ni llegar al verdadero fondo del problema: a lo ideológico y político

Por ello es que no existía mayor diferencia entre el planteamiento que podía formular sobre el mismo tema su adversario, de los que denominaban los "viejos". La contradicción se centraba en los problemas de personas o dirigentes, que fue en definitiva lo que se produjo. El trasfondo grande e impresionante de una situación quedaba irresoluto por ambas partes

En la actualidad, con alguna ligera variante, pero asqueante como argumento revolucionario, se dice por parte de sus mismos camaradas que la muerte a manos del enemigo de determinados dirigentes significó un cambio cualitativo y positivo, e incluso un viraje dentro de su organización. Es la personalización, en lo que concluye la contradicción o la justificación. Cier to es que hay problemas de conducta, en el sentido de la fidelidad a principios, y que éstos pueden ser de carácter personal; pero éstos serían de índole transitoria en dado caso, y de solución relativamente fácil.

Es necesario hacer una lucha nueva y diferente. Pero eso supone no sólo la adecuación

ción a nuevas estructuras organizativas que corresponden a esa otra forma -la guerra revolucionaria-, sino también a una elaboración diferente y constante en sus aspectos ideológicos y políticos que motive y produzca entre otras cosas una nueva mentalidad.

Si hacemos hincapié en esta necesidad es porque la experiencia histórica es implacable y aleccionadora en ese sentido. Demuestra cabalmente lo infructuoso de esas luchas internas y la necesidad indispensable de liberarse de todos esos lastres para conseguir en forma completa la eficacia y consecuencia para la tarea que se trata de asumir.

Discurriamos sobre los problemas de la colonización en la izquierda tradicional. Hemos visto algunas de sus manifestaciones más notables y lo que abarca en un ámbito general. Trataremos de penetrar en sus raíces y causas.

RAICES Y CAUSAS

El primer aspecto hay que buscarlo en la huella que ha dejado la colonización y su perpetuación mediante otras formas políticas a través de los siglos.

Puede establecerse la existencia de una identidad que se produce en determinados sectores colonizados (las élites culturales-intelectuales) en el sentido de que, si

toda la dominación ha venido de afuera - y aunque parezca absurdo existe una gran admiración y casi gratitud por dicha dominación-, se considera y se siente que la liberación también vendrá de afuera.

Estamos hablando de sectores no colonialistas y a quienes, en una u otra forma, les ha tocado jugar un papel clave e influyente en los aspectos ideológicos y políticos. Si se ubica bajo el punto de vista de clase, se localizarían en los sectores de la pequeña burguesía y estrato medio, quienes, por otra parte y en términos generales, son los únicos que han tenido acceso a fuentes de formación e información en lo ideológico, siendo en la última instancia los que han podido transmitir esos conocimientos adquiridos.

Juzgando sus resultados, con algunas excepciones importantes, veremos que su rol ha sido totalmente insatisfactorio. Decimos lo anterior, conscientes y claros de que no son la clase ni sector que como tal tenga que asumir la dirección de los procesos revolucionarios y liberadores. Pero dada la situación de nuestros países, se podría decir que, en general, sí es un papel significativo el que toca jugar a los intelectuales democráticos o revolucionarios.

No es, pues, un problema aislado de hombres en particular, o ideólogos en abstracto. Es toda una corriente de pensamiento y manera de asimilación.

El deslumbramiento frente a lo extranjero es importante precisarlo, tanto por la significación que tiene en la formación de una mentalidad colonialista o colonizada en forma irredenta, como por la tergiversación que indudablemente se hará de una afirmación de este tipo.

En primer lugar, no negamos ni aspiramos a que se ignore lo que sea extranjero o metropolitano. A lo que vamos, criticamos y a la vez repudiamos, es la forma y la actitud que se pueda tener frente a ello, lo que no es un problema de matiz intrascendente, sino más bien es un problema central.

Así como es absurdo rechazar en el campo de las ideas algo, sólo por el hecho de que sea extranjero, es peor todavía aceptarlo e identificarse con ello sólo porque lo sea. Esta es una de las características de la mentalidad colonialista.

La xenofobia ciertamente lleva al aislamiento, con todas las implicaciones que ello tiene, lo cual es grave y de ninguna manera deseable. Ningún país ni pueblo alguno es una isla ni un caso atípico o extraño. Pero sólo a partir de que logra su propia identidad, conocimiento y conciencia, es que conseguirá su liberación a través de la revolución y su integración a una lucha amplia, solidaria e internacional.

El problema está en tener una propia cabe

za para pensar y voz para hablar. Nada de lo copiado literalmente es auténtico, ni tampoco funcional. La implementación de una lucha revolucionaria es absolutamente esencial.

Hay que comprender que la indispensable necesidad de las características enunciadas está dada por la misma naturaleza de la problemática que tiene que afrontarse y resolverse. Desde el momento en que un pueblo es negado en su calidad misma de ser humano, arrastrado implacablemente para ser sometido y explotado, existe una realidad concreta que debe considerarse tal cual es, encontrando caminos de solución correctos.

La mentalidad colonizada funciona en una doble forma: En cuanto a la autonegación de una propia posibilidad de desarrollo y creatividad; y en cuanto a la adopción ciega y en bloque de algún modelo que, aunque en sus principios o aspiraciones refleje en sus enunciados las metas últimas que se persiguen, mencione y considere a los enemigos generales, todo ello lo hacen en forma repetitiva.

La cuestión es sutil y parte necesariamente de la propia autonegación, que no es más que la asimilación de las posiciones colonialistas y su puesta en práctica bajo el punto de vista ideológico, aunque sea para profesar posiciones progresistas.

LA HUELLA COLONIAL

¿Cómo es que se da este contrasentido?
¿Es posible que ello suceda? Su respuesta es en cierta forma compleja, pero afirmativa.

Se puede estar en el campo y en la órbita colonial, sea por complicidad como por incapacidad para salir de ella. Es necesario, entonces, romper en su esencia el problema. Este está presente, tanto por la huella colonial como por la herencia que ha dejado.

Al penetrar en el análisis de las posiciones de la izquierda tradicional, encontraremos que la huella está latente y cobra diferentes matices y distinta profundidad, según las condiciones. Consideramos huella colonial al mecanismo y actitud que se asume para afrontar el conocimiento de nuestra realidad, su interpretación, la evaluación de nuestra potencialidad y la negación de nuestra capacidad. Son cuatro puntos que se concatenan perfectamente.

En cuanto a conocimiento de la realidad y su interpretación, es necesario anotar que el punto nodal está dado por la repetición de la teoría, sin hacer una aplicación congruente sobre la realidad; no se logra, como sería lo correcto, el conocimiento e interpretación adecuando la teoría a las características, condiciones y peculiaridades de esa sociedad.

Este aspecto, aunque tiene que ver con las otras limitaciones que anotábamos (esquematismo, dogmatismo), aquí tiene su origen. El vacío ideológico, el aniquilamiento de un pueblo y su cultura, se lleva extrapolando de cualquier forma la teoría revolucionaria. Habría que anotar que, dentro de una temática poco explorada y estudiada como es la del mundo colonizado, ante el hecho de la copia y quienes la hacen se puede pensar que es una manifestación de identificación con lo extranjero (que tiene un carácter atractivo y distinto), en un paso para desligarse del ámbito de su pueblo, del que obviamente no se siente parte y necesita negar e ignorar.

Entraríamos a otra cuestión importante para redondear la idea expuesta. Consideramos que el pensamiento o la ideología no tienen fronteras; ni se puede ni se debe tratar de establecerlas.

Para que pueda existir una elaboración teórica, capaz de asimilar toda la riqueza de una ideología adecuada a sus propias condiciones e historia y que pueda ampliarse con las aportaciones de su medio, cultura y realidad, tiene que existir una mentalidad segura de sí misma y liberada, que valga lo propio sin ignorar lo foráneo, aprovechando todos los elementos.

Mientras toda nuestra percepción no sea capaz de captar objetivamente la realidad e interpretarla revolucionariamente, de acuerdo a todas sus características, sin

ninguna anteojera, la posibilidad de transformar esa realidad, será cada vez más lejana.

La evaluación de nuestra potencialidad y la negación de nuestra capacidad está distorsionada constantemente por la mentalidad colonialista. Dos hechos son los particularmente significativos: El primero parte de la apreciación que se hace de las condiciones y características del pueblo, lo que es explícito en muchas de sus posiciones, con el matiz de cierto desdoblamiento para apreciar en una última escala de incapacidad a toda la población natural, a la que sólo pueden concebir negando su existencia como tal y considerándola, por otra parte, como un lastre para el desarrollo de un proceso revolucionario, lo que en definitiva es la esencia de su pensamiento, pues de otra forma no se pueden explicar sus reservas, temores y prejuicios, cuando no su desembozado desprecio y subvaloración a esta parte sustancial y medular de nuestro pueblo.

El segundo hecho es el relacionado con ellos mismos. Para alguien que pretende ser revolucionario, negar la raíz popular es quedarse por completo en el vacío. La propia lucha carece de sustento, fuerza y razón. Ignoran la potencialidad del pueblo o la parte sustancial de él. Niegan toda capacidad igualitaria.

¿Qué son ellos, entonces? ¿Cuál es su posibilidad? ¿Qué papel han jugado y pue-

den jugar? Son muchas las interrogantes que pueden surgir. Sin pretender contestarlas todas, ensayemos una respuesta global: En cuanto a teoría, una producción libresca y estéril, ajena a su problemática. En cuanto a política, su estrategia estará fundada en bases que no son las nuestras. Sus tácticas estarán a la zaga de las necesidades de la lucha. Su camino y vía revolucionaria serán incongruentes. Y su papel en el concurso de la lucha a nivel internacional, intrascendente.

LA HERENCIA COLONIAL

En Guatemala, como en muchos países de América, no se produce ningún proceso de descolonización. Tanto en lo interno como en lo externo, sólo hay una readecuación de poder y cambios sucesivos en la dependencia metropolitana.

Los regímenes de explotación del hombre y tenencia de la tierra y el andamiaje ideológico caracterizado por el más arraigado racismo, se mantienen a través de un abigarrado sistema que se perpetúa a lo largo de los años. Se rompe sóloamente la ligazón política con un imperio decadente, pero el legado colonial, su estructura y funcionamiento, quedan intactos en su esencia.

Advertimos que no ignoramos en absoluto la estructura económica como determinante y todas las relaciones de clase que ésta su

pone. Esto, con ser fundamental en su consideración y conocimiento, resulta insuficiente, tanto para la explicación de la misma formación de la sociedad como para establecer una serie de mecanismos que son clave en el funcionamiento de ella, así como para comprender la perpetuación del sistema en su conjunto.

Para resumir el problema y poder estimar su envergadura, hay que considerar como premisa de carácter general lo acientífico y absurdo que es contraponer, excluir o negar la existencia de un hecho por la sola razón de exaltar otro. Aplicando esto a la problemática del racismo, veremos que se niega o excluye el papel de éste dentro de la sociedad guatemalteca para preservar "la pureza" de una explicación de lucha de clases.

Dicho con sus palabras, "el problema es de clase, no de raza". No es más que un subterfugio para distorsionar el contenido de las contradicciones dentro de la sociedad, como para sepultar un hecho consustancial como lo es el racismo en una sociedad colonizada. Se niega que, a la par de la lucha de clases, existe racismo y que éste influye y da características peculiares a esta lucha dentro de una estructura general.

Quienes así analizan las cosas, para evitar que se considere en una forma revolucionaria, ejercen un malabarismo para establecer una jerarquización que indefecti

blemente lleva a la exclusión del problema, utilizando para ello una curiosa forma de contraposición que llega a crear un clima de terror para considerarlo.

Esto podría ilustrarse recordando el argumento que se dio en una discusión sobre el tema. Se trataba de impresionar y presionar, aduciendo que una revista imperialista acababa de publicar en esos días un reportaje sobre los "indios", con lo que se demostraba la peligrosidad de tratar el tema, pues era patente el interés del imperialismo para abordarlo. Pero, por otra parte, nunca se reparaba en que la mayoría de los esquemas y conceptos analizados para el estudio e interpretación de la sociedad guatemalteca sí estaban basados en las interpretaciones "culturalistas" de antropólogos norteamericanos, que, si no trabajaban directamente, estaban muy cerca del organismo de inteligencia norteamericano. Lo anterior no es más que una mera sintomatología de algo más profundo y serio.

Centraremos la atención, para situar el aspecto del colonialismo, en la dependencia existente y en su otra manifestación simultánea e igualmente importante como dominadora y explotadora: el racismo.

Los sectores que se han formado y vivido dentro de la alienación racista del sistema, son los que han estado en posibilidad de ejercer una posición dominante o exclusiva dentro del campo ideológico y políti

co. Esta ubicación explicaría en parte el por qué de la obstinada oposición a considerar el racismo; y respondería, a la vez, a la objeción que comúnmente se plantea al querer equiparar el problema del racismo con cualquiera de las otras manifestaciones superestructurales ideológicas que también produce el sistema. La exclusividad no es casual o arbitraria, como tampoco lo es la virulenta actitud con respecto a lo del racismo.

En el primer caso, la exclusividad demuestra que, a niveles significativos, la marginación sistemática que se ha hecho de la población natural es para vedarle toda posibilidad de desarrollo ideológico e influencia política. Esta es una actitud comprobable por completo, y su causa está implícita en la posición racista y explotadora del sistema; en la subvaloración y negación absoluta que se hace de la población natural, en la exclusión de toda manifestación y expresión propia de esta misma.

El ámbito, entonces -la historia es elocuente-, donde se forma y desarrolla la actividad ideológica y política general -reaccionaria y de izquierda- está ajeno, aislado y es profundamente hostil; acá sí entra la razón de clase al mundo oprimido y discriminado.

Para el caso que nos ocupa, el de la izquierda, no se diferencia mayormente en la actitud del sistema; es una problemáti

ca ajena a su capacidad de percepción. Dentro del mundo discriminador actúan, allí están sus horizontes. Sólo esa problemática abarcan; y, si de soslayo tocan la del discriminado, es nada más en lo que puede afectar o incidir en su particular concepción de estabilidad y desarrollo.

Quiérase o no, el racismo, en su acción alienadora, incide directamente en esta unilateralidad que tan útil y necesaria ha sido para el sistema. Únicamente llegan a abordar las contradicciones del discriminador y a rebelarse contra ellas. No pueden relacionar, interpretar y mucho menos actuar en toda la otra problemática. Tampoco les interesa ni preocupa. La solución fácil que han encontrado, de asimilar simplificando las relaciones de clase, es un índice altamente significativo. Se podría decir que es una manera ingeniosa que han elaborado para negar el problema del racismo. Total, para ellos no es importante, como tampoco lo es la población que lo sufre.

Por otra parte, por ser algo tan profundamente enraizado en la conciencia social del mundo racista o alienado, y su práctica tan cotidiana y normal, y a falta de una terminante impugnación que clarifique la dimensión e implicaciones que tiene -junto al mundo de prejuicios que alrededor de ello se ha tejido y mantiene-, la posibilidad de una reacción en esos sectores racistas es tenue en muchos casos. Dé

jase percibir el daño que a ellos causa esa situación, al vedarles el propio camino de su liberación.

Se es racista o se está en el campo racista por acción o por omisión; por practicarlo activamente o por contemplarlo bucolicamente, inmerso en él. El desgajamiento de la sociedad y la realidad que se ve lo establece implacablemente.

Todo tiene que ver con los planteamientos y limitaciones de la izquierda, porque de ninguna manera es determinismo histórico observar y afirmar que, como lastre, el racismo ha pervivido en forma explícita o encubierta en el pensamiento y política de las organizaciones de izquierda.

El medio y las condiciones en que se ha desarrollado este pensamiento en nuestro país han facilitado y conformado este camino, habiéndolo determinado en la medida en que éstas no han tomado conciencia de ello, entrando por el contrario en las trampas y simulaciones para ocultarlo.

Se dirá que nuestra afirmación es inadmisible, por la sobrada razón que, al profesar una ideología revolucionaria, está implícita toda condena a cualquier discriminación y que ella desaparece automáticamente con la implantación de un régimen socialista, por el que se propugna.

Puede impactar y ser un argumento convincente para muchos. Pero, ¿responde a la

realidad? Hay que desmenuzar más el problema, porque bien puede ser una falacia, si esto no corresponde a una situación más compleja que requiere un examen más detenido.

Hemos visto que el profesar una ideología revolucionaria no es de ninguna manera un hecho abstracto; esto sería idealismo; supone una práctica y aplicación a una realidad concreta.

En la primera parte de la proposición en contramos, entonces, un flanco, en donde surgiría una contradicción. Si en verdad se practica y se está identificado con los principios antidiscriminatorios implícitos en una ideología revolucionaria, ¿por qué, entonces, no se aplican y explicitan en una situación en donde el racismo es evidente?

En la segunda parte de la proposición hay que anotar aspectos sobresalientes. Cier to es que al resolver la contradicción de explotación queda abolida la base económica determinante de una estructura social

Pero partamos de algo indiscutible: el socialismo no es un don del cielo; para llegar a él es imprescindible llevar adelante un complejo y laborioso proceso que se inicia en un punto distante de esa meta y realidad. Se inicia como germen en la organización y organizaciones que, a través de una lucha revolucionaria, destruyen el sistema, tanto en su camino a la toma del

poder como con la toma del mismo y la restauración de uno nuevo que echará las bases a todo nivel para ir construyendo la nueva sociedad.

Salta al primer plano el contenido de esa lucha revolucionaria, que tiene que ver con las condiciones, características y momento histórico de esa sociedad, quienes son los actores, las fuerzas motrices y fundamentales en el desarrollo de todo el proceso. Y en tercera parte, aunque no menos importante que la anterior, las condiciones y características de la nueva sociedad.

Como se ve, en ello va implícita la posibilidad o viabilidad de la lucha revolucionaria. Hay abundante experiencia histórica que demuestra cómo es intransitable una posibilidad revolucionaria cuando se marcha de espaldas a la realidad. Es todavía mucho más rudo y evidente, cuando lo que se trata de realizar y desarrollar es una guerra revolucionaria. No en balde se ha dicho: "la guerra es la continuación de la política por otros medios".

¿Qué masas se movilizarán y alrededor de qué planteamientos, si en el primer caso se ignoran y niegan en una de sus características, y en el segundo se escamotea la inclusión de una situación? No otra cosa, sino el contenido popular de la revolución para un país como el nuestro, es lo que se lesiona, con todo lo que ello implica.

Nuestro planteamiento no tiene que ver só lamente con una preocupación táctica de a grupamiento de fuerzas, y un sentido prag mático: más bien va a un aspecto de mayor fondo y proyección. Consideramos que a través del proceso de guerra popular revolu cionaria, que supone esfuerzo, identifi cación, sacrificio conjunto, se darán las condiciones para romper todas las barre ras que el racismo ha establecido dentro de los sectores explotados y en sus alia dos directos. Sentará bases correctas e indiscutiblemente necesarias para la cons trucción de la nueva sociedad que estable cerá un nuevo ordenamiento, a raíz de la verdadera participación popular.

Antes del triunfo y en el desarrollo mis mo de la guerra, se va produciendo una transformación en la sociedad, que, a la par que destruye el sistema, da las bases del poder popular auténtico. De esta ma nera, y a lo largo de todo el proceso, se gesta una nueva sociedad: el socialismo.

Dentro de esta visión, que refleja la ne cesidad histórica de construir desde la base la nueva sociedad, la lucha contra el racismo, a la par y simultáneamente contra la explotación, adquiere un signi ficado extraordinario y vital.

En primer lugar, abre la perspectiva de la transformación y construcción de la so ciedad sobre bases revolucionarias por la incorporación de las masas naturales al proceso, lo que, traducido a las condicio

nes guatemaltecas, no es retórica revolu cionaria, pues de no ser así nada garanti za -y, por el contrario, habría que tener serias reservas- que el problema del ra cismo no cobre otras manifestaciones mimé ticas, dado el grado de alienación que ha imprimido en sectores de la sociedad, de la que no es del todo exenta la izquierda tradicional; probablemente se llegaría a un paternalismo más depurado o a otras ma nifestaciones que lesionaran en su misma esencia el contenido de lo que llamaran socialismo.

Es decir -como primera conclusión-, el bregar por el socialismo no excluye auto máticamente las manifestaciones racistas. Si nuestro prisma para juzgar son las fuerzas u organizaciones que lo niegan o escamotean, no necesitamos esperar al fu turo -que, por otra parte, no se produci rá si se siguiera con esas posiciones-; basta evaluar la situación presente y ha cer una pequeña retrospectiva para captar el grado de alienación que existe y ha e xistido sobre el particular, y tener así la certeza de las incidencias que ello su pondría en la construcción de una nueva sociedad.

El proceso de desalienación frente al ra cismo tiene que darse a niveles significa tivos de población, en particular en los sectores de izquierda que aspiran a jugar un papel importante o determinante en la lucha revolucionaria guatemalteca, como u na cuestión previa y simultánea en el

transcurso del camino hacia la toma del poder.

Algunos piensan que vendrá como producto de la revolución en su etapa de construcción. Sería correcto si se tomara como aspiración o apreciación de carácter general, pero de ninguna manera es aceptable, en la medida en que ello se traduzca y proyecte en una actitud estática y evasiva frente al problema antes del triunfo de la revolución. Para la conformación de la conciencia revolucionaria del militante guatemalteco es indispensable este elemento. Aquí incluimos tanto al discriminado como al discriminador.

El racismo no desaparecerá antes del triunfo, como tampoco creemos que a niveles de toda la sociedad se dé de la noche a la mañana y se consiga por decreto. El simple hecho de discutir, en la forma que hay que hacerlo actualmente, nos da una idea de la magnitud y profundidad de esta cuestión. Es necesario realizar un esclarecimiento, una lucha alrededor de ello para lograrlo, si queremos ubicar en el tiempo el momento histórico en que deba darse.

El caso del racismo está dentro de los que implementan y hacen posible la lucha para un país colonizado; y, a la vez, dentro de los que proyectan el contenido de una revolución, por lo que debe ser inicial y permanente su consideración a lo largo de todo un proceso revolucionario.

III. MARXISMO Y RACISMO

Una cuestión que día a día se ha ido convirtiendo en barrera teórica, en la medida en que la problemática racista no es considerada y asumida por sectores u organizaciones de izquierda, es la ausencia de ésta en el cuerpo básico de planteamientos realizado por los clásicos del marxismo o por los diversos manuales divulgativos de éste.

El tema de por sí tiene gran trascendencia, y un re-examen de esta cuestión llevará a despejar dudas que se tengan y a permitir la consideración y discusión alrededor de ella, sin los efectos de tabú con que en la actualidad se le considera. Probablemente otros serían los subterfugios del ideólogo alienado por el racismo para no considerarlo.

Anotaríamos en este apartado que el examen de todas las limitaciones del pensamiento de la izquierda tradicional se conjugan e inciden directamente en el desarrollo de esta temática, coadyuvando a su marginación.

A. LAS OBJECIONES

Se pueden agrupar éstas en las de carácter ideológico propiamente y en las de orden interpretativo del desarrollo histórico, incluyendo las conclusiones políticas

que de ello se derivan, con las implicaciones que tiene en el análisis del proceso colonial.

El argumento más sólido y esgrimido -que lleva todos los visos de utilizarse como dogma- es el que sucintamente se expresa diciendo que el racismo es un efecto ideológico de carácter superestructural, para concluir que su consideración e incorporación, como uno de los puntos básicos a combatir en la lucha revolucionaria, está descartada tácitamente por esa misma ubicación de carácter superestructural.

Estamos frente a uno de los tantos argumentos que, partiendo de una base cierta, se distorsionan en su desarrollo y proyección. Confunden los términos de un planteamiento para sacar una conclusión errónea.

Desde el punto de vista estrictamente teórico, el hecho de que el racismo sea un fruto ideológico, y por lo tanto perteneciente a la esfera de la superestructura, de ninguna manera invalida su consideración e inclusión, tanto en el análisis de la sociedad como en las conclusiones que éste aporte para plasmar una lucha política. Por el contrario, sería una grave deficiencia teórica dejar de considerar lo ideológico sólo por el hecho de serlo.

En un afán de afirmar lo que es una estructura determinante, basada en lo económico, contraponen -ya no sólo ignoran-

manera de conclusión indiscutible que el racismo, por ser un aspecto ideológico, no puede ser considerado siquiera.

Esto en realidad no es más que una manera muy primaria y esquemática de la aplicación del marxismo, pues de esta forma limitan su riqueza y restringen toda consideración a un aspecto, determinante sí, pero no el único a considerar en el análisis social, que tiene necesariamente que abarcar una totalidad exigida y practicada, tanto por los fundadores del socialismo científico como por sus continuadores más significados, a quienes parecería no se comprende en su totalidad, sino en forma fragmentaria y elemental.

Es claro que se deba insistir y partir de la estructura económica. Pero ello no se puede considerar en forma aislada y prácticamente antidialéctica. ¿En base a qué análisis o principio del marxismo puede negarse la necesidad de una consideración, análisis y combate, en dado caso, de una manifestación ideológica? Parece que se olvidan miles de páginas que se han escrito en el mundo para combatir la ideología burguesa, por ejemplo. No existiría línea escrita en este aspecto -y en muchísimos más, relacionados con lo ideológico- si se siguieran las orientaciones y principios que se pretenden presentar como la más acabada y ortodoxa interpretación marxista.

"El desarrollo político, jurídico, fi

losófico, religioso, literario, artístico, etc., descansa en el desarrollo económico. Pero todos ellos repercuten también los unos sobre los otros y sobre su base económica. No es que la situación económica sea la causa, lo único activo, y todos los demás efectos y reacciones sobre la base de la necesidad económica, que se impone siempre en última instancia." (Marx Engels. Obras Escogidas. Moscú. Editorial Progreso, 1966. Tomo II, P. 510).

Seguramente si esta cita no correspondiera a textos de Engels (carta de Engels a H. Starkenburg, subrayados de Engels) sería apostrofada de inmediato como revisionista o algo similar por quienes quieren limitar el marxismo y el uso del materialismo histórico única y exclusivamente al nivel económico, y en su manera peculiar de entenderlo.

Hemos seleccionado esta cita dentro de muchas más que podrían hacerse, para significar que la interpretación marxista no puede ser tan plana como la quieren manejar algunos, y para que vislumbren la existencia de otros aspectos igualmente importantes a considerar, como son las estructuras jurídico-políticas e ideológicas. Es absurdo, a la misma luz del marxismo, negarse a considerar los aspectos no económicos que forman parte de la totalidad en el estudio y análisis de una formación social determinada.

El análisis de la cita anterior fija muy claramente la importancia del estudio de lo superestructural y de los otros aspectos no económicos que se dan en una sociedad. Sería innecesario agregar algo más al respecto. Cabría concluir afirmando que es una gran falacia, bajo el punto de vista teórico, hacer las exclusiones a que hemos hecho referencia con el expediente de la "superestructura", siempre que en el enfoque que se haga no se plante lo superestructural como un hecho aislado y único. El mismo error estaría cometiendo quien hiciera omisión de los aspectos de nivel económico.

Es necesario hacer una seria revaloración de los aspectos ideológicos. No se pueden descartar de manera festinada como se hace con frecuencia. Tienen un valor extremadamente importante y, para el caso de una sociedad como la nuestra, una significación vital, tanto en su proyección material como -y esto es lo más importante- en la preservación del sistema en su conjunto.

No propugnamos por una consideración simplemente ideológica, fuera de un contexto general, pero es un imperativo darle a todos los aspectos su debida importancia. El caso de la alienación que el racismo produce lo tenemos a la vista. Distorsiona o echa mano de una incompleta interpretación teórica, no permitiendo la comprensión de una problemática esencial dentro de una sociedad como la guatemalteca.

La lucha y el desarrollo ideológico revisten una especial significación en los países que han sufrido colonización, pues tienen una serie de mecanismos, tan importantes como la violencia, para su implantación y consolidación. La dimensión y complejidad de todos estos mecanismos (gran parte ideológicos) mantienen el estatus con una sutileza y eficacia considerable. A la vez que han destruido y aniquilado a un pueblo de la forma más integral, han inyectado por sus venas organismos esterilizantes de efecto permanente y acción prolongada (inseguridad, falta de creatividad, contradicciones).

Es de tal envergadura la situación, que objetivamente viene a ser uno de los factores retardatarios y neutralizantes en un proceso de liberación o revolución popular, principalmente en toda una larga etapa de toma de conciencia y búsqueda de caminos.

Pero el problema de lo superestructural e ideológico, con ser muy importante de aclarar, por ser el argumento comunmente esgrimido, no termina de explicar toda la situación. Hay también otros aspectos de fondo que completan el panorama en relación a las interpretaciones que algunos hacen del marxismo y la cuestión racista.

Existe una notable laguna en la elaboración teórica, con excepción de algunos grandes autores del tercer mundo, en relación a los problemas del racismo. El tema

está ausente en la literatura que habitualmente se maneja y considera oficial. Junto a ello, en justicia, no se puede hablar solo de ausencia, sino de una resistencia, cuando no obstinada oposición a su consideración y ubicación, como en el caso de Guatemala.

Ante la necesidad de buscar un antecedente, habría que anotar una ausencia de este aspecto en los mismos clásicos. Un ejemplo podríamos encontrarlo en Marx, quien no alcanzó a concluir todos los aspectos de su monumental obra. El Capital estudia el nivel económico principalmente, el modo de producción capitalista; implícitos aparecen muchos aspectos del orden superestructural.

Marx proponíase estudiar y ampliar estos últimos aspectos en escritos posteriores, como lo manifiesta en la Introducción a la Crítica de la Economía Política.

También lo hacen notar algunos autores contemporáneos, entre quienes Althusser recalca acertadamente la necesidad de no excluir el aspecto ideológico, limitándolo sólo a lo económico.

Para lo que nos ocupa en estas páginas, la existencia del racismo es ignorada tanto por Marx y Engels como en general por todos sus continuadores. ¿A qué se debe ello? ¿Será porque esta problemática no debiera ser tratada, o porque su circunstancia histórica en la aspiración de

ellos estaba limitada por algo consustancial a la civilización occidental, junto al presupuesto teórico de que el desarrollo del capitalismo era lo que abría las condiciones para la transformación revolucionaria de la sociedad?

No es de extrañar la omisión de considerar absolutamente toda la problemática social, política y económica en forma acabada por parte de autores auténticamente geniales, más cuanto esta problemática era verdaderamente ajena a su percepción en aquellos tiempos.

Es más, la siguiente afirmación del Che Guevara da una clave para centrar correctamente el tema:

"A Marx, como pensador, como investigador de las doctrinas sociales y del sistema capitalista que le tocó vivir, pueden evidentemente objetársele ciertas incorrecciones. Nosotros los latinoamericanos podemos, por ejemplo, no estar de acuerdo con su interpretación de Bolívar, o con el análisis que hicieran Engels y él de los mexicanos, dando por sentadas incluso ciertas teorías de las razas o las nacionalidades, inadmisibles hoy. Pero los grandes hombres, descubridores de verdades luminosas, viven a pesar de sus pequeñas faltas, y éstas sirven sólo para demostrar que son conciencia de la altura alcanzada por estos gigantes del pensamiento". (Ernes

to Che Guevara, Obras Revolucionarias. 5a. Ed. México, Ediciones Era, S.A., 1972. p. 508).

El problema de fondo estaría en un contexto más amplio e independiente de lo que considerábamos de los clásicos. El contenido racista de la visión occidental es una de las bases e instrumentos para la expansión de esos intereses y colonización de buena parte de la humanidad, que tiene en verdad dimensiones e implicaciones mucho más amplias que la sola explotación, tanto del trabajo como de las riquezas de estos pueblos. Es la destrucción y aniquilamiento de dos terceras partes de la humanidad, para conseguir esos objetivos. La colonización lleva implícita la destrucción que está cimentada en el racismo.

La dificultad para percibirlo por parte del europeo progresista y revolucionario estriba en la extrañeza de este problema, pues por lo general no han sido víctimas de él y sí partícipes de un sistema que lo convirtió en un producto de exportación que, aunado al resto del mecanismo colonial, de opresión y expoliación, ha sido la fuente de la riqueza y opulencia europea.

No se puede decir que la riqueza fue para los europeos en abstracto. Por supuesto que la mayor parte quedó en las manos de los grandes capitalistas; pero es evidente que existe un rebalse del racismo a sectores más generales de población y que

fue la sustentación indiscutible para la acumulación de capital y, con el correr de los años, quien financió en buena medida el desarrollo industrial y tecnológico de las grandes o pequeñas potencias coloniales.

Semejante situación se repite con el imperialismo norteamericano. Las atrocidades en Viet-Nam apuntan un sustrato racista en sus más crueles manifestaciones. En el caso norteamericano, el racismo tiene también sus propias raíces y manifestaciones dentro de la sociedad, de proporciones e implicaciones sin duda más amplias de las que se perciben, de las cuales en los últimos años se tiene testimonio gracias a la lucha vigorosa de importantes sectores, intelectuales y organizaciones negras.

Situemos una conclusión. La consideración de la problemática racista, como uno de los elementos característicos y permanentes de toda posición colonizadora, no es valorada debidamente. No es un fenómeno aislado o un hecho independiente y transitorio dentro de la problemática social de los pueblos colonizados, como se señala frecuentemente.

Hay que señalar y cuestionar que ésta es una de las causas de la falta de comprensión de esta situación. Decíamos que el problema era comprensible a nivel de teóricos europeos, pero es totalmente inverosímil en el medio colonizado, aunque es

la cruda realidad. Sólo el esquematismo más rígido, aunado a la mentalidad colonizada a que hacíamos referencia en páginas anteriores, lo pueden explicar.

B. LA NO CONSIDERACION DE LA PROBLEMÁTICA RACISTA. PROYECCION POLITICA DE ESTA LIMITACION.

Las realidades, por más que se quieran ignorar, se hacen presentes y no se pueden borrar, aunque se elaboren elucubraciones teóricas con ese objeto.

La problemática de uno de los efectos del racismo se ha hecho presente en lo que han dado en denominar "problema indígena".

Su consideración, aunque sumamente restringida a los países en donde el desborde de la población natural era abrumador, ha tenido por parte de la izquierda tradicional algunas manifestaciones que no han acertado a interpretar -y mucho menos a resolver- este aspecto, estando a la zaga incluso de planteamientos insatisfactorios.

A finales de la década de los años 20, la Conferencia Latinoamericana, haciendo un trasplante del enfoque dado por Lenin, y en particular Stalin, en el correspondiente texto sobre el problema de las nacionalidades, llega a plantearlo en esos términos. Adoleciendo de una interpretación

basada en los aspectos externos de la situación y por querer asimilar esquemáticamente la situación de las nacionalidades oprimidas por el imperio ruso, se planteaba como solución la creación de nuevas repúblicas independientes. (Quechua, Aymara ...). Quien en justicia abre la posibilidad de un planteamiento del tema, y lo hace claramente por primera vez, es José Carlos Mariátegui, en el Perú. Tiene, a nuestro entender, tres grandes aciertos: a) Lo asume como el aspecto clave de la situación peruana. b) lo desmitifica de una serie de visiones literarias en boga en esos tiempos, al relacionarlo directamente con el problema de la tierra y su explotación. Y c) Da a las masas naturales un papel fundamental en el impulso de la revolución peruana, aunque subvalora su posibilidad de compartir la dirección del proceso.

El problema es que la línea y posibilidad que abría Mariátegui no se siguió. De él, en el mejor de los casos, se han hecho las exégesis más extrañas e interesantes. Se ha tratado de llevar agua a los más diversos molinos con su figura, pero no se continuó ni se desarrolló ese hilo de pensamiento. Se archivó y se congeló ese estilo y concepción, tan lúcidamente definido por él mismo así:

"El marxismo, del que todo el mundo habla pero el que muy pocos conocen y menos aún comprenden, es, en su fundamento, el método dialéctico. Dicho en otros términos, es un método que

se apoya enteramente en los hechos y arranca de la realidad. No es, como algunos suponen erróneamente, una suma de planteamientos valerosos para todos los tiempos y todos los sistemas sociales. Marx extrajo su método del propio crisol de la historia. En cada país, en cada pueblo, el marxismo se manifiesta en determinadas condiciones, en un determinado medio, no perdiendo de vista ni una sola de sus particularidades." Mariátegui. Mensaje al II Congreso Obrero de Lima, Perú. Amauta No.5. Citado por Semionov y Shulgovski. Subrayado nuestro).

Es interesante anotar que, en lugar de desarrollar esa temática, paulatinamente ha habido una regresión, que se ha traducido en una serie de variantes e interpretaciones encaminadas a ir postergando, ignorando o tergiversando el tema. ¿Es que las situaciones han ido cambiando, o quienes se han ido alejando de la problemática son los teóricos u organizaciones? Lo segundo estaría más acorde a la verdad.

Parecería que la aparición de otros fenómenos o hechos políticos hubieran creado las condiciones para hacer un proceso de sustitución aparente y engañoso. Se han ido encontrando pretextos para disfrazar la situación, hasta tratar de esfumar o distorsionar su consideración.

En América Latina hay países en que la existencia y características de sus pobla-

ciones naturales, son muy notables e in-contrastables. Perú, Bolivia, Ecuador, Paraguay, Guatemala estarían en este caso. Pero la existencia de población natural y la presencia de un señalado racismo frente a ella, en porcentajes más significativos de lo que normalmente se admite, abarca de punta a punta el continente. Hasta en países de una imagen europea, como Argentina, en donde en base a una política tremendamente racista y oligárquica se hicieron campañas militares para conseguir el exterminio físico de la población natural en el siglo pasado, existen muy significativos sectores de población natural; para citar un ejemplo, pensemos en las provincias de Salta, Jujuy, Catamarca, Santiago de Estero (Argentina).

Si analizamos las cosas de este modo y con esta perspectiva, encontraremos ciertamente otra realidad en América. El caso de Argentina se multiplica en el resto de países. No afirmamos que el papel y características preponderantes que tenga la población natural en los primeros cinco países citados se dé en toda América, pero sí queremos significar que, en mayor o menor escala, la presencia del racismo como un instrumento de opresión y explotación está latente y actuante.

Lo que sucede en Guatemala tipifica bastante bien la cuestión. Inicialmente la izquierda oficial hizo suya la tesis culturalista, para dar una explicación e interpretación de la problemática relaciona

da a la existencia de la población natural y su falta de "integración" al contexto nacional.

Según este planteamiento, es un mosaico de culturas diferentes e implícitamente a traçadas, que no engarzan con el mundo latino. De allí el atraso y calamidad en que vive sumido el natural, por lo que la solución al "problema indígena" está en superar esa barrera cultural, asimilando a la masa indígena mediante la "aculturación" al otro universo cultural.

La anterior tesis se ha puesto fuera de circulación, aunque no del todo, pues ha dejado bastante sedimento.

Paralelamente ha surgido otra más seria y elaborada, que podría denominarse de la "proletarización". En el fondo, esta teoría, haciendo un análisis histórico de las diferentes formas que ha tenido la explotación desde la colonia hasta nuestros días, y haciendo a un lado y trastocando el papel del racismo, plantea como tesis central la modificación operada a partir de la abolición del trabajo forzoso por un Decreto del Congreso en 1946. Ello -dicen- determina la creación de una nueva condición en "el indio", al transformarlo en sujeto de una explotación asalariada, asimilándolo en esta forma al proletariado o semi-proletariado agrícola; por ello, que se convierte en un explotado a secas, al igual que todos. Así es como se resuelve la situación del indio y

se da la integración con el proletariado ladino.

Como elaboración teórica parecería impecable en su desarrollo y luciría irrefutable en sus asertos si no fuera porque soslaya uno de los aspectos fundamentales de la situación. Afirmar que la discriminación racista opera en función de los intereses de clase es una verdad que deja de serlo si no se le da su verdadera proporción e importancia. Al parcializar y absolutizar la consideración de todo el proceso de explotación a las formas que ésta ha asumido, se está perdiendo una considerable parte de la totalidad, que no permite la apreciación del sistema en su conjunto y el funcionamiento de los mecanismos de que se vale para su perpetuación, en este caso del racismo.

Aunque no analizaremos minuciosamente en este apartado dicha tesis, lo importante es señalar cómo aplicando un pretendido rigor histórico y teórico, al excluir la consideración del racismo en su verdadera dimensión y reducirlo exclusivamente a un rígido esquema de orden económico no siempre exacto, la explicación de la problemática llegó a soluciones que no lo son, entre otras razones por contemplar y analizar el asunto en forma unilateral. Es inadmisibles -y a la vez mecanicista- considerar que la transformación del natural de siervo colonial a través de la proletarianización es lo que libera de la discriminación y a la vez le da las condiciones

para su unión con los otros sectores proletarios.

Con este razonamiento se podría pensar que el único implicado en el racismo es el mismo discriminado y que su situación es así por las relaciones de producción que padece y nada más. Pero entonces, ¿cuál es la situación del discriminador, su existencia? ¿No es el racismo una manifestación social en sectores amplísimos de la sociedad? ¿Acaso las relaciones de producción se dan en abstracto y son las únicas que integran la estructura de la sociedad?

Saltan a la vista otros aspectos importantes. Resulta que ya ni siquiera hay que esperar el triunfo de la revolución para que desaparezca la discriminación o el racismo. Aombroso malabarismo: un decreto aboliendo el trabajo forzoso "produjo" esto y sólo hay que esperar que pasen los años para que se tome conciencia de ello.

Mientras tanto, hay que hacer comprender, siguiendo esta tesis literalmente, que la situación de discriminado ("vestigio colonial", elegante manera de llamarlo) que padece el indio es algo seguramente subjetivo en él, porque ello no existe; él sólo es explotado y proletario.

La preocupación central es demostrar que no debe haber lucha de razas, sino de clases. Y la única manera de percibir esto es a través de esfumar el racismo. Es la

gran equivocación, y sin duda una manera en que se manifiesta la enajenación racista. Es una preocupación aparente el problema de evitar una lucha de razas, cuando la cuestión de fondo está dada por otra constante: la negación y ocultamiento del racismo dentro de la sociedad guatemalteca.

Cuestionar el racismo no conlleva a la conclusión de que tenga que realizarse una lucha de razas. Es la alergia al tema, el tabú, lo que no permite ver las cosas con otra perspectiva y preténdese contraponer cosas que en verdad son indispensablemente complementarias.

Hablábamos de sustitución, líneas atrás, al referirnos a lo que ha sucedido en la elaboración teórica. Este es un caso muy patente. En aras de una explicación clasista -que no negamos-, y magnificando un proceso de proletarización, se pretende hacer la contundente afirmación de que el racismo no existe y no juega un papel importantísimo dentro del sistema, lo cual es falso. La insistencia en lo de la discriminación social, como existente y operante, para negar lo racista, ejemplificarán bastante bien la cuestión de la sustitución.

Sucede que, aunque estas personas lo niegan, el racismo está presente. No imaginan siquiera que por igual -solo que por diversas razones- la conciencia de la existencia del racismo y la lucha contra

él debe penetrar en toda la masa (natural y ladina) para conseguir así la verdadera unión.

Ellos sólo lo conciben como difícil tarea el convencer al discriminado de que no lo es, para que así se una con sus hermanos de clase. Esta es, según sus palabras, gran tarea para verdaderos revolucionarios.

No es ignorando o sustituyendo el racismo como se cumple un papel revolucionario, pues éste -de cara a Guatemala- sólo se podrá realizar en la medida en que el discriminado tome conciencia de por qué lo es y el discriminador comprenda igualmente qué función está cumpliendo. La consideración dialéctica de esta situación cobra una importancia excepcional; y de esto, entre otras cosas, adolece la tesis que analizamos ahora.

En la unilateralidad para considerar esta problemática y en su clara proyección en cuanto a una acción política, se percibe nítidamente el trasfondo de la enajenación racista, que no permite desentrañar una realidad evidente, y mucho menos encontrar el camino verdadero para una política consecuente.



IV

EL CAMINO DE LA VIOLENCIA

Aquí está el desenlace, la parte culminante de todo un planteamiento. Hay que abordarlo claramente, no sólo como una posibilidad sino como necesidad indispensable, como una realidad concreta. Adquiere un mayor relieve su comprensión, porque en el uso de la violencia como instrumento está una de las palancas, uno de los caminos de la liberación popular, pero también está para el colonizador uno de los mayores temores.

Dada la forma confusa como la llaman, se ha usado y practicado tanto el método de la acción armada como la filosofía y orientación política que ha tenido en general el movimiento revolucionario en Guatemala. Es necesario hacer algunas precisiones con estos criterios, y en base a ellos abordar el problema en relación al pueblo natural.

Según la experiencia que ha vivido nuestro país en la última década, hablar de violencia puede desconcertar, dar cierto

grado de inquietud. Será mucho más si va encuadrada en el ámbito de lo natural, en donde entran automáticamente a funcionar los prejuicios tantas veces previamente citados.

Agrupando en tres temas estas inquietudes existentes, trataremos de hacerlo respondiendo a iguales interrogantes: ¿Es necesaria la violencia? ¿Es capaz de usar la violencia el pueblo natural? y en ese caso, ¿cómo usará la violencia?

Debemos partir de la evidencia de que hay muchas formas y manifestaciones de violencia. De ninguna manera se puede englobar en un mismo rubro, meter en el mismo saco y analizar con los mismos criterios cualquier manifestación violenta, cualquier acción que lleve esa expresión. Es frecuente, por parte de quienes quieren eludir esta realidad o no quieren asumir una responsabilidad, hacer esta compactación, presentándola como un todo uniforme, como un bloque.

Esto no es así, ni los resultados son tan automáticos como se pretende para sacar la conclusión de condena y esterilidad, tanto por razones morales como por razones políticas y prácticas. La experiencia guatemalteca puede dar elementos para llegar a esas conclusiones si se analiza en forma superficial, viendo sólo los efectos que se han tenido y no ahondado en las causas que han motivado esos errores.

I. VIOLENCIA OPRESORA

Hay claramente dos clases de violencia: la opresora y la revolucionaria. Diferenciación que es causa de la excesiva simplificación, se ha presentado para su manejo antojadizo y confuso. Haciendo una mayor aproximación al tema, que no abordamos en toda su extensión por no corresponder a lo específico que tratamos, habría que decir que, aunque la violencia opresora es más fácil de percibir, ésta no siempre se ve en toda su magnitud.

Por una situación paradójica, la brutalidad e insensatez de determinados hechos, que son expresión notable y evidente, oscurecen por su mismo impacto, en lugar de permitir abrir más los ojos para comprender un drama de dimensiones impresionantes, del que los hechos monstruosos a que tratan de acostumbrarnos con su cotidianidad y difusión no son más que uno de los tantos frutos abominables, pero sólo una parte del uso de la violencia opresora.

Dicho de otra manera, las torturas, los asesinatos masivos, las "desapariciones", forman parte solamente de una larga cadena de hechos que tienen una perfecta estructuración y un solo sentido: la perpetuación del sistema. No son una expresión aislada o exclusiva de determinado sector opresor que detenta el poder en un momento dado.

Es una equivocación muy grande hablar e insistir sólo en la violencia que hemos padecido en la última década; o, yendo más atrás, sería a partir del 54. Es perder una parte fundamental de su análisis y comprensión: su sentido histórico, que está dado desde su origen a través del hecho por todos conocido como la conquista, hasta el establecimiento del actual sistema de opresión.

Violento y sanguinario, no es en sí algo aislado o concluido al terminar las operaciones militares de ocupación que lo hicieron posible. La conquista debe considerarse como el hecho histórico generador de la violencia opresora, que sólo va adquiriendo con los siglos diferentes modalidades, en la medida en que el sistema va adecuándose, sin perder su esencia y objetivos, a las diferentes circunstancias y a sus propias necesidades.

Como hablamos siempre en función y desde el punto de vista de las masas populares, el análisis de la continuidad y entronización de la violencia opresora es, bajo esta perspectiva, constante, persistente e inseparable de la existencia del sistema. Hay que observarla en toda su génesis y continuidad histórica, para así poder tener una idea aproximada de lo que significa en la vida de nuestra sociedad.

Es un hecho general que involucra a todo el pueblo; eso es indiscutible. Pero dentro de la estratificación o escala está

blecida por la estructura colonial, donde el ingrediente racista juega su papel, el eslabón de la cadena, o más bien el yunque sobre el cual se ha golpeado más con la violencia, ha sido en términos generales la masa natural.

Alguien podrá argumentar que en realidad el peso de la violencia, citando el caso cierto de las últimas dos décadas, ha caído sobre los sectores llamados ladinos, y no precisamente sobre las masas naturales; y que, por lo tanto, nuestra proposición carece de base, que no hay razón para hacer esta puntualización. Este tipo de visión o análisis tiene el vicio de su falta de ubicación en un sentido histórico; ve el proceso en forma fragmentaria. Hay en ello tres elementos a considerar para poder clarificar el tema.

El primero, la ignorancia o subvaloración que se hace de la violencia pasada (encomiendas, leyes de trabajo forzoso...) y el sistema de presión, coerción y represión existentes en las fincas y explotaciones agrícolas, que incluso en los últimos años se han agravado como parte de la agudización general que ha producido la violencia represiva en todo el país.

En segundo lugar, es importante tener presentes las formas y manifestaciones de la violencia. Las masacres de los últimos años son una expresión de ella en su punto más alto e irracional. Estas han existido también cuando se han producido momen-

tos de crisis en las zonas naturales varias y reiteradas veces, e indefectiblemente se producirán en el futuro, lo que se ignora por creer que no forman parte de la historia.

Hay otro aspecto. Consiste en que la violencia opresora, dentro de la cual la represiva es una modalidad, tiene una indefinición de mecanismos de operación, igualmente oprobiosos y singularmente cotidianos. Dado lo absurdo como se percibe nuestra realidad, se ignoran o no se valoran debidamente en sus manifestaciones e implicaciones.

Nos referimos a la violencia del atropello, de la amenaza, del abuso, la vejación, el maltrato. Todo ello tiene una dimensión diferente en la práctica; su aplicación en contra del pueblo tiene características que no puede imaginar quien no las sufra dentro de la sociedad. Sobre ello volveremos ampliamente después.

Esa violencia opresora es practicada tanto por los organismos represivos como por personas, instrumentos dentro de los mecanismos de explotación que, sin ser directamente "autoridad", ejercen en forma mancomunada y solidaria esta tarea. Estarían los terratenientes, administradores, comisionados militares, etc.

Habría que recordar las labores de implacable persecución, exacción y brutalidad, donde la tortura es lo habitual, que por

cosas de orden común y en especial por lo que considera delitos contra la hacienda pública -como la fabricación y venta clandestina de licor- se padece en una desproporción tan grande por la falta o supuesto delito cometido.

Los regímenes carcelarios, los sistemas de procesamiento legal, etc., terminan de completar este pequeño panorama que tratamos de sintetizar. Todo esto es lo que constituye la violencia opresora, los rasgos más relevantes, aunque advertimos que faltan muchos más aspectos.

En tercer lugar, sería necesario recalcar el carácter represivo de la violencia opresora. No debe interpretarse en un sentido restringido a hechos determinados o a simples etapas dentro de la vida institucional. Es una violencia represiva, pero para garantizar la existencia del sistema; es decir, que ésta estará presente mientras no se logre un cambio revolucionario; se acrecentará, como ya ha sucedido y ocurre, cuando la existencia de todos los privilegios e injusticias que le dan razón de ser se vean amenazados o se sientan en peligro.

Es también una violencia que tiene carácter integral y múltiples manifestaciones; su énfasis principal está dado en lo político, pero abarca otros aspectos de la vida social que en una u otra forma tienen una relación, aunque a veces no luzca evidente, con la misma supervivencia del sistema.

II. VIOLENCIA REVOLUCIONARIA

Vivimos y hemos heredado un universo de coerción, represión y terror antipopular. Sobre ello empezariamos a responder nuestra primera interrogante sobre la necesidad de la violencia. Nuestro pensamiento y posición concuerdan con los de aquéllos que piensan que la única forma posible de conseguir una transformación revolucionaria es a través de la violencia. La consideramos una verdad de carácter general, válida en lo específico de nuestro país.

La realidad demuestra por los cuatro puntos cardinales que no hay posibilidad alguna de liberación del mundo opresor, ni de transformación social real, si no es a través del uso de la violencia. El razonamiento es muy claro y determinado; no hay otra manera de poder romper el círculo de hierro, si seriamente se piensa en ello. Se usa la violencia o se resigna a sufrir por siempre este sistema. Este no cambiará ni entregará gratuitamente lo que por siglos ha defendido y usurpado a sangre y fuego, sino que lo hará por la fuerza, enfrentándolo así, venciénolo de esa forma.

Si hasta ahora hemos hablado sólo de violencia es para caracterizar un camino de enfrentamiento a la violencia opresora. Podríamos repetir la vieja y gastada consigna de oponer a la violencia reaccionaria la violencia revolucionaria. Sucede

-por la práctica que se ha hecho de ello que, en lugar de expresar lo que original y justamente significaba, se entra en un aspecto bastante nebuloso, en que muchas veces la práctica contradice a la teoría, las intenciones no corresponden a la realidad.

Afirmamos y aspiramos a la violencia revolucionaria. Pero como no nos conformamos sólo con la caracterización de violencia, hay que poner dos líneas sobre la concepción revolucionaria. No cualquier acción hecha por quienes se consideran revolucionarios es revolucionaria, como tampoco cualquier acción armada impulsa la guerra revolucionaria. Esta ha sido la mayor fuente de confusión y distorsión. Pensamos que muchas veces puede ser totalmente al revés.

Tanto el uso de la posición de la violencia como la práctica misma de ella tienen que ser el instrumento en manos de una organización que con más cuidado, acierto, al igual que decisión, utilice. De lo contrario, es un arma de dos filos que desvirtúa fácilmente su sentido y naturaleza.

La violencia es una desagradable pero imperiosa necesidad, racional y responsablemente ejercida; con un perfecto y claro objetivo político en su aplicación inmediata, pero sobre todo en su concepción estratégica; por su inherente naturaleza destructiva, pero de una esencia liberado

ra; aplicada y utilizada en la forma más estricta, selectiva e indispensable, que forme parte de un marco de guerra general y no de brotes o manifestaciones aisladas y desesperadas; con un sentido humanitario, aun en lo implacable y eficiente del combate; siendo, por fin, coherente y generadora de desarrollo, no anárquica, auto-aniquiladora o suicida.

Con los elementos expuestos se completa una respuesta afirmativa y rotunda sobre la necesidad del uso de la violencia, incluyendo un esbozo de cómo debe ser ese uso y práctica.

III. VIOLENCIA NATURAL

Con este punto de referencia, y retomando el hilo del uso de la violencia como una necesidad del pueblo natural, hay que agregar un aspecto específico que tiene singular importancia. Es un fenómeno que se ha analizado en la vida y experiencia de pueblos colonizados, particularmente en el caso argelino. En cierta forma, con sus debidas peculiaridades, es válido también a la situación de nuestro pueblo. Es el uso de la violencia en un sentido positivo en una secuencia de autoafirmación, proyección liberadora y canalización del escape o manifestación violenta entre el mismo pueblo y hasta dentro de la propia familia.

De cara a nuestra realidad, vemos la necesidad de la violencia, del uso de ella como medio de liberación. En cuanto a autoafirmación, no creemos necesariamente que sea el punto de partida ni un factor absoluto intrínsecamente, pero sí uno de los elementos indispensables tanto para conseguirla como para lograr el equiparamiento frente al opresor y discriminador. Esto es importante. Y, aunque no es una necesidad privativa del pueblo natural -lo es para todas las masas-, por la situación peculiar de doble opresión ejercida contra él, el uso de las armas en sus manos y a favor de su causa convierten elementos que secularmente han servido para intimidarlo y doblegarlo en instrumentos que adquieren un nuevo sentido y lo sitúan en un verdadero camino.

Cuando al hombre se le ha doblegado y sometido a la violencia y su única alternativa para liberarse es el uso de la misma, con otra naturaleza, manifestaciones y objetivos diferentes, produce un efecto humanizador. En la búsqueda de su propia condición humana, negada y vilipendiada, la violencia, en su uso sabio y correcto, restituye esa herida, produce el efecto de autoafirmación, única forma que tiene para que se le acepte y respete como tal.

Es decir, la violencia en manos del colonizado es el precioso e irremplazable recurso para restituir su ser, de hacer la gran revolución y conseguir así su futuro. La violencia en manos del colonizado es

más que llevar a un punto crítico, ahora de manera reversible, un proceso de violencia ejercido en su contra.

Es la verdadera manera de romper las reglas de juego establecidas por sus opresores y, a partir de allí, el establecimiento de otras favorables para el colonizado. El dolor y el sufrimiento, la muerte incluso, es semejante a lo que ha venido padeciendo, sólo que ahora con un nuevo sentido y otra razón para que termine todo definitivamente. Desenmascarar la violencia opresora y aniquilarla con la violencia del oprimido es el problema y el desafío que está por delante.

Mencionamos antes el desgarramiento violento de la historia en nuestro pueblo, a partir del cual se instauró el actual sistema que padecemos. Dentro de un análisis de todo desarrollo, veremos que, para poner punto final a tal sistema, es a través de la violencia que se cierra el ciclo. Coincidencia o ley de desarrollo, lo cierto es que por una u otra razón allí llega el fin del camino.

Por último, al ver uno de los efectos de la discriminación y violencia opresora, se percibe y se siente que toda la energía generada por nuestro pueblo a lo largo de toda su historia para sobrevivir como tal ha sido para resistir pasivamente. El uso de la violencia significa un cambio cualitativo en su situación; es decir, termina una etapa de resistencia para en-

trar a una de combate y ofensiva. La posibilidad de un futuro y cambio radical encuentra a través de la lucha revolucionaria, una forma de aumentar y potencializar su energía en el sentido que hemos anotado varias veces: positivo y liberador.

La perspectiva que ofrece la misma violencia en una implicación significativa, como son las manifestaciones de violencia interfamiliar (esposo-esposa, padres-hijos, hermanos, vecinos, compañeros de trabajo), no son más que un reflejo y un canal del desfogue de la violencia sufrida de parte de los poderosos y discriminadores, que en el dependiente encuentra dentro del ámbito íntimo una forma de manifestar y golpear.

La violencia bien orientada y administrada en manos del oprimido produce cohesión en lugar de desunión y enfrentamiento. Al hacer explosión la carga acumulada frente a los verdaderos causantes de toda esa escalera de frustraciones, humillaciones y padecimientos, el ámbito de la vida de relación directa se ve liberado de todas estas acciones y lamentables proyecciones. Esto no opera en forma milagrosa; pero, como en todas las cosas, cuando se ven y analizan de manera radical, no puede negarse y es científico considerar que la supresión de causas tiende a eliminar y elimina ciertamente los efectos que producen.

La violencia del oprimido en nuestra so-

ciudad no es una catástrofe desoladora, es el camino penoso y sacrificado pero necesario e ineludible.

IV. VIABILIDAD DE LA LUCHA VIOLENTA

Quedaría todavía una interrogante muy común y que ha cobrado cierta fuerza por razones políticas, dentro de algún sector de la izquierda. ¿Es posible y factible la lucha violenta? ¿Tiene posibilidad de triunfo?

No puede responderse en pocas líneas; e incluso para su total comprensión hay una serie de aspectos que por razones políticas y de seguridad no es conveniente escribir sobre ellos todavía.

Brinda una idea para fijar como punto de referencia decir que la experiencia vivida en Guatemala y en otros países de América Latina -con distintas características- no puede llevar a concluir en su ineficacia como método. Las razones son varias y el problema complejo, como para que se pueda aseverar que ése no es el camino, teniendo como base algunos fracasos y derrotas que demostrarían supuestamente la invulnerabilidad del enemigo y la esterilidad del sacrificio o esfuerzo que supone una guerra revolucionaria, sumando a ello la vieja afirmación de que no hay condiciones, que la correlación de fuer-

zas, etc. no harían posible ni aconsejable seguir esta vía.

Veamos en una forma tridimensional el problema. Primero, ¿quiénes y por qué niegan la viabilidad de la lucha armada? Los que así lo hacen, dentro de los sectores izquierdistas, son los que en realidad nunca creyeron verdaderamente en este camino y, si se vieron involucrados en él, fue por razones circunstanciales, por una situación bivalente que se creó, dadas las condiciones generales -muchas veces precipitadas- que ocurrieron en varias partes.

Esto significó que no se llevó hasta sus últimas consecuencias el desarrollo de la guerra, ocasionando una infinidad de contradicciones y lastres para el mismo momento que se vivía. No ignoramos y respetamos la memoria del sacrificio de mucha gente. Lo lamentable es que hayan caído fruto de las vacilaciones. Es claro que un camino difícil y complejo no se puede seguir con esa conducta y posición política.

El segundo aspecto consta de dos partes: una, los errores cometidos por las mismas fuerzas revolucionarias en armas; y la otra, el mayor grado de eficiencia conseguido por los ejércitos oligárquicos y el conocimiento que han conseguido a costa de los movimientos revolucionarios frustrados, junto a la sistematizada experiencia internacional facilitada por el imperialismo.

Esto crea en su conjunto, una situación nueva para enfrentar, la que hay que resolver a partir de la decisión que implica la voluntad, concordancia con una línea y adecuación a las condiciones donde se tenga que operar. Debe partirse también de un análisis profundo de lo acontecido, creando el desarrollo en todos los aspectos de una guerra revolucionaria: políticos, organizativos y militares.

En estos enunciados hay unanimidad y de una u otra forma se planteará por todos. El agudo problema o lo definitorio es la práctica y política con que esto se haga, los objetivos ciertos que se persigan. Las conclusiones que se saquen pueden ser totalmente dispares, cuando no antagónicas, fundamentalmente en lo que se refiere a la práctica.

En estos dos aspectos está contenido el tercero que motiva la situación confusa y controversial sobre el aparente fracaso o inoperancia de la lucha violenta: el problema de la concepción política y operativa de la guerra popular. En esto hay un hecho ineludible, y es que no se puede madurar una concepción de la noche a la mañana, siendo necesario acompañarla de la práctica misma.

Los profetas de la derrota son quienes sacan de la experiencia y del conocimiento de la realidad los elementos convenientes y bilaterales para afirmar su propia necesidad de justificación, para eludir y ne-

gar el camino armado, o para postergarlo indefinidamente. Se esperan resultados inmediatos, aunque éstos lleven algunos años, cuando en realidad el proceso de maduración, surgimiento e incluso asimilación hay que verlo en la perspectiva de una época. Si lo contemplamos en un marco histórico, es relativamente reciente este método de lucha a nivel continental.

La ola de entusiasmo inicial, en la que influyó una mala asimilación de la experiencia cubana, al tener el reflujo que se produjo con los años, no significa la caducidad e inoperancia del método, sino una curva de descenso temporal de la que, si se sacan todas las enseñanzas posibles, saldrá mucho más fortalecido.

Influirá también el cambio de condiciones políticas en países que habían dado pie para que se alimentaran esperanzas pacifistas y reformistas. Con el cierre de ese ciclo, la realidad llama a la puerta y a la conciencia de todos los que de buena fe se habían adormecido, y demuestra que el camino sólo es el de la guerra.

Resumiendo, el problema de la viabilidad del uso de la violencia y la posibilidad del triunfo a través de ella está dado por el uso adecuado que se haga de la violencia, por la corrección con que se ejerza la dirección de la guerra y el aprovechamiento, de todas las condiciones favorables que existan. Habrá que agregar también los problemas relativos a qué ti-

po de organización, qué condiciones son necesarias y en qué forma utilizarlas, qué planteamientos políticos y de qué manera formularlos, el enfoque del poderío enemigo y cómo enfrentarlo, la política y qué pasos deben darse por una organización de acuerdo a sus propias condiciones y momento histórico en que esté actuando.

En fin, ése es sólo un pequeño catálogo, algunos de los principales problemas a resolver. Adentrarnos en ellos rebasa el tema y el objeto de este escrito, pero los citamos para afirmar que es indispensable una correcta respuesta e interpretación a todos los problemas y temas planteados, no sólo en forma aislada, sino conjunta y armónicamente.

Si se sigue la lucha armada como camino, el uso de la violencia como instrumento, la guerra de guerrillas como método y la guerra revolucionaria como estrategia, el éxito es posible; y si todo se lleva a sus últimas consecuencias, el triunfo está asegurado. Será cosa de tiempo, es fuerza, tenacidad y capacidad el resto.

V. PUEBLO NATURAL Y VIOLENCIA

Respondemos ahora a la pregunta: ¿Es capaz de usar la violencia el pueblo natural?

Plantear una interrogante así resulta ver

daderamente inverosímil. Sin embargo hay que hacerlo, pues es algo que está a flor de labios en mucha gente alienada por los problemas del racismo, pero de buena fe en el sentido revolucionario, con buenas posibilidades y quizás a un paso de una completa integración a la lucha.

Esta cuestión no puede estar aislada del análisis que hicimos en lo referente a los daños que la práctica y entronización del racismo hubiera podido dejar en el pueblo discriminado. En base a las apreciaciones anotadas, la respuesta es fácil, congruente y objetiva. Si las condiciones por parte de las masas naturales existen y están dadas en buena medida, la vía para hacerlo y desarrollarlo no ofrece mayor misterio cuando ésta se plantea en términos correctos.

Sí tiene sus condicionantes, de los que hay que destacar particularmente la necesidad de una profunda convicción en cuanto a que ello corresponde realmente a algo verdaderamente suyo, y un mayor tiempo para tomar una decisión.

Abundemos un poco más. ¿Qué significado tiene esto para el que lo ve con ojos extraños?

La actitud de reserva, observación cuidadosa y meticulosa, de meditación profunda antes de dar un paso que se percibe y entiende es trascendental y definitivo; un sopesar cuidadoso de los inconvenientes y

riesgos que pueden sobrevenir, junto a las ventajas y necesidades que ello implica. Si lo vemos en su conjunto, esta actitud responde a varios factores, unos dominantes y otros coadyuvantes.

Los dominantes, en cuanto al sentido de responsabilidad frente a un fenómeno ciertamente nuevo, no en cuanto a su existencia como manifestación violenta, sino como una situación de insurgencia. Por otra parte, el despertar de siglos de opresión plantea una situación diferente, insospechada, a la que hay que adecuarse. Asombro e incredulidad podría definir esta situación del discriminado, que necesita asimilar, adaptarse a ella, porque no la asume en forma ligera, ilusoria o pasajera. Aquí es donde se toma su tiempo -ha sufrido como nadie el poder de los opresores-, sin falsas ilusiones; más bien a veces con una imagen desproporcionada del sacrificio y tiempo mismo.

Por otro lado, entra un factor que se conjuga con la situación objetiva; y es el de las secuelas que ha dejado la práctica del racismo o discriminación, que se manifiesta en la falta de seguridad en sí mismo y la dubitación que ha quedado. No quisiéramos que esto se interpretara -como usualmente se hace- para significar lo que en otros sectores se presenta como vacilación. Es totalmente distinto en su contenido y significado, además de antagónico a la vacilación. Tiene concordancia

con la meditación sobre el paso a dar, esencialmente con la viabilidad, posibilidad real, efectividad que pueda tener el discriminado, -como ser humano subvalorado- de enfrentarse en un plano de igualdad con el objeto de derrotar a sus enemigos de clase, a sus opresores.

Este es un fenómeno un poco más complejo de como lo resumimos, pero no es un factor absoluto ni constante en cualquier parte. Con ello indicamos que existe en diferentes matices y grados; por eso es que lo colocamos como uno de los factores coadyuvantes al explicar la situación inicial.

Esta situación particular ¿qué práctica es la que produce en relación al trabajo y proyección política?

Ya se vislumbra en lo expresado. Un período inicial de observación y fermentación; una avidez extraordinaria para informarse y formarse; una formidable asimilación y poder de captación que desemboca en una determinación profunda y firme, en una acerada decisión al producirse ésta.

Si habláramos de tiempo, éste es indeterminado, e influyen otra serie de factores que no tienen que ver directamente con este problema.

Este es uno de los argumentos utilizados por parte de algunos que consideran que el tiempo que se necesitaría para un tra-

bajo y politización del pueblo natural se ría algo menos que eterno. Nuestra observación no tiene nada que ver con este concepto trascendental: los pasos que se dan en un pueblo colonizado para levantarse. Los espacios de tiempo que conllevan en sí se aceleran y toman una dinámica importante a partir de la determinación de participar, por lo que no se puede ignorar este otro hecho, al que habría de sumarse el de la firmeza.

El otro punto que tocamos al iniciar el apartado reviste singular importancia y es un aspecto que tiene muchas facetas en el ámbito del orden político fundamentalmente. Tiene que ver mucho con la relación, firmeza, capacidad de comunicación, que una organización proyecta. Nadie está dispuesto a luchar, a afrontar la guerra, por algo que no sienta verdaderamente suyo. Esto es una verdad de carácter general y algo que todo movimiento guerrillero ha debido afrontar en una u otra forma en su desarrollo, que indudablemente tiene su peculiaridad cuando se trata en relación a un pueblo discriminado.

Anotamos el hecho y lo jerarquizamos, poniéndolo en primer lugar entre los condicionantes al considerar la acción armada de la masa natural y su cabal participación en un proceso general. Es más, estamos convencidos de que la capacidad de generación tiene que surgir como un factor interno en sus aspectos esenciales. Esto

no se debe interpretar como una concepción que lleve en sí el germen del aislamiento en todos los elementos externos (ideológicos, políticos, técnicos) que se dominan en lo que podría considerarse el mundo externo y hostil al pueblo natural.

La idea fundamental gira alrededor de convertir en un crisol integrador y absolutamente funcional todos los elementos y aspectos necesarios para el desarrollo de una guerra revolucionaria, incluyendo la más amplia gama de éstos.

Esta integración es necesaria y perfectamente posible; y adelantaríamos que dará resultados sorprendentes para muchos, especialmente para aquellos teóricos del "primitivismo" que adjudican la incapacidad de respuesta y asimilación, e incluso los hemos oído plantear seriamente la "cobardía inherente" al natural. Hasta estos grados llega la expresión racista y alienadora. Quizás sientan seguridad estas personas o grupos sociales y políticos por el monopolio que han ejercido de ideas, educación, tecnología, etc., y que en su propia ilusión creen privativo de ellos.

Si vemos la guerra revolucionaria como un conjunto armónico de lucha en que lo determinante es la acción armada, y junto a ella, para hacer un parámetro, ponemos al pueblo natural frente a esa tarea o empresa extraordinaria, podemos afirmar sin lugar a la menor duda que es un pueblo abso

lutamente apto y capaz de afrontarla y llevarla adelante; asimismo, pensamos que cualquier pueblo, cuando confluyen y se crean determinadas condiciones, es capaz de desarrollarla.

Es simple y lógico este razonamiento para cualquier revolucionario, obvio e innecesario de aclarar. En Guatemala, dentro de tantos absurdos e irrationalidades que hay que afrontar y aclarar, existe la duda de algunos y la certeza de otros de que ésto sea posible.

Ahora bien, ésa es la base, el punto de partida. Puntualizamos, pues sabemos la cantidad de tergiversaciones que se hacen cuando se toca este tema, y recogemos otra idea expresada anteriormente, en el sentido de que no pensamos en ninguna forma y bajo ningún punto de vista que estas condiciones nos hagan imaginar o plantear una acción espontánea, ni pensamos que sólo por ser el pueblo natural allí se desarrollará la guerra.

Apuntamos que, a partir de ahí y siguiendo rigurosamente el proceso de desarrollo necesario -complejo por la tarea, no por quienes la realizan-, es que es posible y se dará la guerra por parte de quienes ocuparán por primera vez su lugar en la historia.

Vale apuntarlo, en contraposición a quienes consideran que el pueblo natural no tiene como tal un papel a jugar dentro de

la revolución y menos en el desarrollo de la guerra.

Podríamos resumir nuestra posición a partir de las afirmaciones de participación plena e igualitaria del pueblo natural, lo que involucra, para que sea posible, un programa y puntos claros de unificación alrededor de los cuales se deba luchar mancomunadamente con el resto de la población no natural, pero igualmente explotada. Ello supone un reconocimiento claro, preciso e incondicional de la existencia de la masa natural, además de explotada, discriminada; su ubicación correcta en cuanto a su participación en la producción. Su mismo número demuestra que no es un asunto de minorías nacionales.

La aparente disgregación anterior es para terminar de redondear una idea en cuanto al uso de la violencia -en el marco de una guerra revolucionaria- por parte del pueblo natural. Para aclarar, diremos que ella no se concibe como un hecho aislado o privativo de la masa natural, sino como uno de los elementos fundamentales y esenciales para que tenga posibilidad de triunfo una revolución en nuestro país.

Se debe comprender que, sin la participación del pueblo natural en la guerra, en la política revolucionaria, no hay decisión posible para derrotar al enemigo y destruir el actual sistema; por lo tanto, debe ocupar el lugar que le corresponde y

que desarrollará, independientemente de las teorizaciones negatorias, pero en concordancia con un esfuerzo general y conjunto de todos los explotados, a través de la organización u organizaciones que sepan y puedan amalgamar y dirigir en una sola toda esta fuerza y caudal extraordinario e incontenible.

Todo lo anterior no son más que los enunciados generales. Es indispensable tenerlos claros, pero son insuficientes si no van acompañados de una práctica política consecuente y completa en todos sus principios y detalles. ¿Cómo hacerlo, o cómo se producirá? Es un tema no a responder en un material, sino en la práctica, en el trabajo diario, en el trabajo organizativo, en la vida del pueblo mismo. Es tarea de nuestra organización.

VI. CONTENIDO DE LA VIOLENCIA NATURAL

En cuanto a la tercera pregunta -¿Cómo se rá y usará la violencia el pueblo natural?-, una respuesta expedita y exacta podría ser: el pueblo natural la usará como cualquier otro pueblo que ha necesitado hacerlo, en la mejor forma y con la mayor decisión.

Hay aspectos más trascendentales y facetas importantes a considerar, que enriquecen definitivamente el tema y la visión

que sobre él se pueda tener. Hemos venido insistiendo -y ahora lo pondríamos como premisa- que el carácter de esta violencia no será espontáneo, como un hecho social y general. Ello implica que esta acción responderá a dos puntos fundamentales, es decir, que no será anárquica, sino que estará enmarcada y responderá a una estructura organizativa, la que deberá promoverla y realizarla. En segundo lugar, será una violencia consciente y racional, motivada, basada y orientada por inequívocas razones y principios políticos.

Estas razones intrínsecamente tienen un peso que por sí solas despejarían cualquier duda. Llegamos a tales conclusiones, en primer lugar, porque las condiciones de opresión y represión que ha vivido nuestro pueblo a través de toda la historia, aunada a la práctica sistemática del racismo, hacen que cualquier paso que se de en ese sentido sea dado seriamente y midiendo todas sus consecuencias.

Esto quiere decir -y está al alcance de cualquiera que viva y forme parte del pueblo- que hasta que no se tiene una completa y panorámica visión de los usos y proyecciones que el desarrollo de una guerra supone, no se da ese paso definitivo.

Se es muy consciente de la capacidad de respuesta del enemigo frente a cualquier hecho o acto insurreccional. En el pueblo natural no existe, hablando radicalmente, ningún sentido aventurero, como

tampoco un sentimiento de desesperación, en el significado que normalmente se le da a este término. Pero las razones que motivan esto son diametralmente distintas a las que podrían interpretar los racistas. En un sentido de responsabilidad como resistencia pasiva, fruto de haber logrado sobrevivir al cataclismo colonial y -para expresarlo de alguna manera- con el correr de los siglos ha ido adaptándose y adquiriendo nuevas formas, adjuntas al hecho esencial de autodefensa.

Es oportuno señalar el sentido del tiempo que se tiene en la población campesina y en particular en el pueblo natural. No adquiere el sentido vertiginoso ni limitado en la inmediatez que tiene para el habitante urbano, y en particular para el pequeño burgués, amante de los resultados inmediatos, las empresas fáciles y los desenlaces cruentos, y quien usualmente sí es presa de la desesperación.

Aunque pensamos que no siempre este sentido del tiempo es del todo eficaz, sí tiene un aspecto altamente positivo, en lo que respecta al enfrentamiento de una magna tarea como lo es la guerra revolucionaria y el uso consecuente de la violencia. Hay en ello un aspecto dual: en lo que respecta a la madurez, que significa una determinación sólida, larga y profundamente meditada, en donde germina perfectamente la concepción de una guerra sostenida, en la que no importa un desenlace rápido

como motivo fundamental de la lucha y de su participación en ella, siendo lo decisivo y determinante, el objetivo final. Pero a partir de allí, el contenido del tiempo cambia radicalmente; no es espera de acontecimientos que sobrevendrán, sino actividad consciente para provocarlos hasta llevarlos a sus últimas consecuencias.

En relación con esto, es interesante anotar que es digno de rectificar, como tantas cosas, la tan usada "desesperación campesina", concepto calcado de otras estructuras sociales y expresado por otros teóricos que trabajaron en situaciones distintas y en quienes la misma definición o caracterización de campesinado tiene otros significados.

Es curioso y a la vez ilustrativo cómo es que se hacen estas adjudicaciones en lo teórico. Habría que volver -para comentarlo brevemente- al problema de la proyección de las propias limitaciones y taras alienantes que distorsionan el conocimiento de la realidad. Confunden el fermento e instinto de clase y cierta conciencia de un cambio revolucionario, que objetivamente existe, con su propia concepción y necesidad de cambio rápido e inmediato, para entonces, al romperse la cabeza contra la fuerte pared del sistema por el camino que entusiastamente transitaban, adjudicar sus propias frustraciones al campesinado.

Es un expediente muy cómodo, aunque obvia

mente doloroso. Sus manifestaciones han sido diversas y los resultados desastrosos. No puede, en justicia, adjudicarse sólo a unos, y sería muy prolijo entrar a hora a analizar cada una de ellas. Lo que nos interesa destacar es que sí ha habido inconsecuencia y falta de solidez.

En cuanto al tema de la "desesperación", ésta no se ha dado por parte del campesinado, a quien infinidad de veces han dejado esperando, otras abandonado, otras ignorado. Pero -eso sí- han sacado las conclusiones más diversas y hasta ridículas para autojustificarse. Algunos van desde la incapacidad del campesinado para afrontar los rigores de la guerra, hasta la más novedosa en la tendencia del derrotismo: la guerrilla campesina como un fenómeno temporal y efímero, cuando en realidad los que no soportaron y abandonaron los rigores de la guerra fueron otros, no los campesinos precisamente, y quienes fueron meteóricos en su acción y presencia son los mismos que así teorizan.

Hemos tratado de formular algunas premisas, a las cuales debemos agregar otras reflexiones y explicaciones que sugiere la comprensión de nuestra realidad, que necesariamente entran en confrontación directa con toda una serie de concepciones difundidas y adjudicadas, como en otros aspectos, al pueblo natural por quienes, ignorándolo o a sabiendas, mantienen la continuidad de un pensamiento alienado. Interesa la profundización de los aspectos

que se discuten para encontrar la verdadera ubicación, o cuando menos un punto de partida racional y revolucionario a fin de comprender esta problemática.

Estamos abordando el uso de la violencia en manos del pueblo natural. Comprendámoslo a través de tres facetas: a) como una violencia no producida y desarrollada hasta ahora; b) como algo diferente en su contenido y práctica hasta hoy experimentado; y c) en función de las condiciones que se dan dentro del pueblo natural para esa práctica y asimilación de algo tan importante y a la vez delicado.

A través de la historia, el sentido de una insurgencia natural revolucionaria no se ha producido. Los levantamientos habidos en diferentes momentos son valiosos antecedentes; pero en realidad hay que enmarcarlos dentro de las necesidades de autodefensa, en las que ha tenido que recurrir a la violencia cuando la agresión latente y constante ha llegado a extremos y en que para lograr la propia sobrevivencia física fue indispensable convertir circunstancialmente los instrumentos de trabajo en armas defensivas.

Son hechos que invariablemente han concluido en masacres y horrendas persecuciones por parte de los organismos represivos, que, cargados de odio, desprecio y una alta dosis de temor, han arrasado virtualmente con toda manifestación de rebelión que se haya presentado. Para no citar

más que un caso reciente y comprobable, lo sucedido en las tierras de Sansirisay, en 1973, es un ejemplo prototipo de lo que ha pasado con mayor o menor frecuencia, con repercusiones más grandes o más pequeñas.

¿Cuáles son las características principales de estos hechos? Han sido motivados por la suprema necesidad de supervivencia, surgiendo como respuesta a un hecho concreto, ya dadas las condiciones generales del país, aisladamente y sin sentido político, colocándolos en una situación totalmente desventajosa, vulnerable y sin ninguna posibilidad de desarrollo ni de simple supervivencia. Sin embargo, podemos extraer de ello datos significativos y conclusiones importantes.

El análisis de ello ha servido para crear un doble mito, llevando a concluir a ideólogos, políticos, etc., que trabajan dentro del sistema racista, dos aspectos para ellos determinantes, que podríamos condensar de la siguiente manera: Primero, la forma "salvaje" en que las comunidades enfrentadas a esta encrucijada han respondido. Y en segundo término, la exaltación e invulnerabilidad del poderío militar y represivo del sistema. Ambos conforman una misma identidad.

Con mediana objetividad y cierta dosis de rigor que se ponga para analizar y evaluar dichas conclusiones, se encuentran cuáles son las intenciones y los mecanismos em-

pleados para inventarlas: La simple distorsión de los hechos, en donde invariablemente los agredidos resultan ser los agresores, los masacrados los masacradores, los asesinados los asesinos, etc.

Sin ignorar lo que implica, el asunto no queda allí. La apreciación global que se da de esos enfrentamientos es aún más grave, pues parte de toda la falsificación y distorsión de los hechos, sacando la imagen del levantamiento violento e irreflexivo, estéril y condenado al fracaso, cuando no el ejemplo patético de lo que es la cólera desbordada del pueblo natural. Lo completan -en su estrecha y perturbada visión racista- con la secreta y no siempre bien disimulada satisfacción del poderío e invulnerabilidad de su ejército. Esto ha llevado a algunos a afirmar que cualquier confrontación estaría irremisiblemente condenada al fracaso.

Hemos apuntado el ánimo existente al juzgar y enjuiciar lo que consideramos antecedentes -unos remotos, otros recientes- del uso de la violencia en manos del pueblo natural. Estos antecedentes no tienen una razón de continuidad; han sido solelamente focos aislados motivados por circunstancias extremas. La interpretación y presentación de ellos no es exacta y objetiva; esta distorsión de los hechos es un índice revelador del grado de alienación que se da en todos los aspectos.

VII. NUEVA VIOLENCIA

En una forma general y completa, la violencia natural es todavía inédita; nueva en realidad, y en términos generales no contaminada ni salpicada por la sangre de la violencia -en su práctica y filosofía- que se ha dado en los últimos años en el país.

¿Cuál es el valor y trascendencia que tiene esta novedad? ¿Debe aumentar ello las aprehensiones o estimular la confianza de su correcto uso, para convertirse en el coadyuvante decisivo en el triunfo de nuestra guerra revolucionaria?

Como nuevo elemento en la vida política del país, llena una fundamental necesidad. Bastaría repetir lo que ya anotábamos en cuanto a la participación y el peso decisivo que ello implica para cualquier desenlace victorioso por parte de las fuerzas revolucionarias en nuestro país. Con sólo que se vislumbrara dicha posibilidad, se estaría agregando un elemento estratégico, dándole perspectiva y viabilidad a la revolución. Es la única forma de dislocar, derrotar y destruir al actual sistema. Podríamos valorarlo más, si lo pensamos en función de una estrategia de guerra popular revolucionaria.

La ignorancia, la equivocada posición, el peso infinito de los lastres colonial-racistas, han sido la gran limitación, la

propia autolimitación que se ha tenido y que no ha permitido acertar a encontrar un camino real de desarrollo. El riesgo es grande para ellos, pues, de no haber una seria rectificación, se sellará en forma definitiva un total divorcio con la realidad nacional y seguirían siendo lo que hasta ahora: extranjeros en su propio país.

A partir de esta valoración necesaria, es que tiene sentido y se comprenderá mejor el uso mismo de esa violencia por nuevas manos. No será la violencia de autodefensa y aislada de los antecedentes que consideramos. No es tampoco fruto de las circunstancias y, por lo tanto, improvisada y vulnerable. Ni piedras, ni palos o machetes contra ametralladoras y fusiles, como tampoco confrontaciones abiertas de pueblo inerte contra tropas especiales.

Son negaciones que se traducen en su contrapartida positiva: violencia para atacar y destruir, no sólo para defender. Armas y técnicas adecuadas para afrontar una guerra irregular y especial. Organización para dirigir y objetivos políticos a perseguir. Todo un camino estructurado y definido, para resumirlo en pocas palabras.

Para quienes todavía tienen alguna duda o constituye incógnita la perspectiva de esta violencia inédita, bajo otro aspecto habría que decir que no se dará como una violencia inter-racial por parte del pue-

blo natural, pese a que puede preverse que se desatará una campaña de este tipo en contra del mismo pueblo.

Al abordar las concepciones políticas y las condiciones materiales e ideológicas de nuestro pueblo, afirmamos la inexistencia de este tipo de sentimientos y posiciones que por medio de la violencia revolucionaria, en el sentido que puntualizamos, alcanza su posibilidad de cristalización.

Será una violencia racional, reflexiva e indispensable, política y revolucionaria, sin desbordes ni apocalipsis de ninguna clase, centrada en sus objetivos principales, metódica y orgánica. Se dirá que ello es invención nuestra, pero lo que sucede es que copiamos y describimos la realidad; y, siguiendo esa línea e interpretando esas condiciones, es que prevenimos el desenlace, con la convicción de que todo ello no se da espontáneamente y que su desarrollo corresponde a un trabajo político-militar consecuente y profundo. Ese ha sido el camino que han tenido que transitar todas las guerras revolucionarias para triunfar.

Anotamos como una segunda faceta importante a considerar -que vendría a complementar las explicaciones anteriores- la diferenciación en su contenido y práctica con lo que hasta ahora se ha experimentado en el campo de la violencia, incluso la considerada revolucionaria, íntimamente rela-

cionada con la tercera: las condiciones que se dan para esa práctica revolucionaria.

El desarrollo de una guerra no se da caprichosamente; corresponde en su génesis y modalidades a características y condiciones de orden económico, político y social del país o pueblo que tenga que enfrentarla.

Tomamos dos conclusiones básicas: A) El desarrollo de la guerra revolucionaria es el camino de los explotados, oprimidos y discriminados, para alcanzar su liberación. B) la guerra revolucionaria es el vehículo único y adecuado para destruir el actual sistema y establecer las bases de una nueva sociedad.

VIII. DEL OPRIMIDO Y DEL RESENTIDO: DOS VIOLENCIAS DISTINTAS

En ese marco, toquemos un aspecto particular que creemos tiene singular importancia en una sociedad como la nuestra, teniendo similitudes en lo referente a los enfoques y visión que le han dado los opresores y colonialistas.

Estaríamos así alrededor del tema del contenido de la violencia del oprimido. Ello implica hacer algunas diferenciaciones y puntualizaciones con respecto a lo que ha

sucedido en la última década en nuestro país y, por consiguiente, lo que no ha de ocurrir en el futuro.

En líneas generales, el uso y manifestaciones de lo que se dio y calificó equivocadamente como violencia revolucionaria en Guatemala fue la práctica del terrorismo. Esto es grave y permite explicar o comprender algunos de los problemas sucedidos. Su práctica llegó a extremos inauditos e incalificables.

Es necesario hacer claridad sobre ello, sobre todo porque debemos abordar de cara a nuestra circunstancia histórica y problemática nacional el contenido de la violencia del oprimido, para afirmar que lo que se dio en Guatemala no es ni puede tomarse como ejemplo o modelo de violencia popular y revolucionaria. ¿Qué fue, entonces, y a qué se debió su desarrollo y proliferación?

Advertimos que es un tema complejo, del cual pueden sacarse claras conclusiones. Si lo vemos en una secuencia e interrelación de factores podremos comprenderlo mejor. Una gran carencia ideológica y política en el movimiento revolucionario da clima para que germinen con facilidad desviaciones y hasta aberraciones.

Es un tipo de violencia producida por sectores o personas que, por su origen y extracción de clase, han dado como fruto una violencia de carácter distinto, que pa-

ra diferenciarla de la revolucionaria podríamos llamar violencia del resentido.

El resentimiento es muy diferente al sentido y a la conciencia revolucionaria. El uso de la violencia revolucionaria no es personalizada en la forma que lo es la resentida, pues esta última no ataca al sistema en su práctica y concepción. Obviamente, su política es incongruente.

Aquí estaría una de las diferencias sustanciales que la práctica indica y en que los resultados son evidentes. Cabría agregar que el ánimo de simple hostilización, ineficaz en su perspectiva, sólo es una manifestación de esa propia limitación que tal tipo de violencia produce.

En cuanto a la visión y concepción del sabotaje, como arma de la guerra revolucionaria, cuando se da con ese marco de diferencia y dentro de esta concepción, se convierte en algo aislado y sin ninguna trascendencia. El trasfondo de la destrucción por la destrucción misma surge nítidamente en todo el confuso panorama.

En definitiva, no es más que la solución a angustias o problemas individuales lo que con ello se resuelve y encuentra manifestación, pero nunca es la expresión de la lucha social e invariablemente no corresponden a una estrategia de guerra.

Podemos diferenciar, en consecuencia, un tipo de violencia como la revolucionaria,

de la cual su expresión en cuanto a quienes la realizan son los oprimidos, de otra muy distinta, que es la del resentido. En la primera son determinantes la ideología, posiciones y sentimientos de carácter social, mientras que la segunda manifiesta los resentimientos de las personas que han padecido frustraciones, limitaciones e incluso atropellos por parte del sistema; sobre todo se destaca el caso del pequeño burgués o aspirante a serlo. En este fenómeno las manifestaciones parten de lo individual, para tener una proyección equivocada y nefasta en la acción y proyecciones pseudo-políticas e ideológicas.

Por las condiciones socio-políticas, en nuestro país esas manifestaciones adquieren otras características que difieren de las sociedades en general; por ejemplo, en los casos del lumpen, etc.

En Guatemala, en lugar de ser manifestaciones marginales y secundarias, adquieren el carácter de determinantes y principales, dada la ausencia de una organización revolucionaria que supiera conducir firme y consecuentemente el delicado proceso de una guerra. Esta es la razón de fondo en todo el problema.

Alguien decía una vez que los vacíos políticos, cuando se producen, se llenan de cualquier manera. Esto es cierto y las consecuencias son catastróficas. Una condición revolucionaria no es para que se

llene de cualquier manera. Desgraciadamente, eso ocurrió en Guatemala durante la última década.

Las contradicciones de carácter político e ideológico que, dadas las circunstancias, tenían que producirse, se resolvieron de manera inadecuada e insatisfactoria. Las posiciones vacilantes y conservadoras fueron un freno para las sanas inquietudes y llegaron con el tiempo a perpetuarse más.

En otro campo, la orfandad política permitió que este tipo de desviaciones y aberraciones cobraran fuerza y se desarrollaran, sepultando a infinidad de valiosísimos elementos sacrificados en esa época.

Todo esto llevó a un momento de desastre, que, con toda la inconsistencia que este tipo de acción y dirección produce, facilitó indiscutiblemente la acción represiva del enemigo, brindándosele buenos elementos de carácter político, propagandístico y operativo para su propio encubrimiento y planes de aniquilamiento.

En resumen, el problema de la violencia del resentido es diferente y contrapuesta a la violencia del oprimido; viene a ser el drama del problematizado psicológicamente, del desubicado o marginado social, que en una encrucijada no encuentra el camino revolucionario de transformación de él mismo y mucho menos el camino general del pueblo. Siendo un receptáculo de con

tradiciones que lo hieren a él, las proyecta por el camino violento a través de su propia percepción del mundo y de la sociedad, siendo, por lo tanto, incapaz de afrontar una perspectiva. Quedándose en lo inmediato, lo aislado, incluso en lo suicida, teñido con una necrofilia abundante, tanto en su propia concepción, como en su práctica exterior, su acción es desesperada y en definitiva no resuelve, sino que acentúa las mismas crisis que la motivaron y lleva por los más diversos despeñaderos a sus practicantes, caminos que terminan en la defección, traición o en posiciones oportunistas o reformistas.

No debe sorprender la trayectoria lógica de una elipse implacable en su camino, considerando que los revolucionarios que estuvieron participando o actuando en medio de ese campo -visto como el de la revolución- y quienes en una forma intuitiva eran revolucionarios y no resentidos, aparejado esto a la situación de insatisfacción, desasosiego y desagrado en que se vivió como fruto de las circunstancias, han encontrado en una u otra forma el camino correcto para su ubicación revolucionaria. Creemos que es dable hacer estas consideraciones, pues, aunque se supone que estos elementos no debieran influir en forma importante, objetivamente y dada la situación peculiar que acá se dio, influyeron muy negativamente en el desarrollo de todo un proceso.

Con todo lo anterior se ha procurado apor

tar alguna luz sobre uno de los graves problemas que la revolución guatemalteca ha tenido que sufrir, relacionándose con las aprehensiones que acerca del futuro se tengan.

Para este caso, lo más importante es comprender -y esto respondería a la pregunta sobre las condiciones que se dan en el pueblo y en particular dentro de la masa natural- que los efectos y la reacción que en ellos motivan el desprecio, humillación, opresión y explotación, tienden y dan las condiciones para el desarrollo de la violencia revolucionaria en su correcta acepción. Es decir, que no hay que confundir el odio con que se enfrente al enemigo, con la perturbante visión que produce el resentimiento.

La diferencia básica estriba en que el oprimido sufre una situación que necesita cambiar, empleando todos los recursos a su alcance, mientras que el resentido necesita vengarse de una situación que lo ha afectado particularmente, por lo que su visión, concepción y acción están orientadas consciente o inconscientemente a ese objetivo. Esa violencia no puede ser transformadora, impulsadora de desarrollo y, en consecuencia, carece de perspectiva; la experiencia lo ha demostrado.

Concluimos este apartado afirmando que el uso de la violencia por parte de todo el pueblo, y en particular del pueblo natural, será un proceso que se producirá en

la forma más eficaz y estricta, pues las condiciones objetivas lo demuestran y la generación de las subjetivas (organización, dirección y grado de conciencia) así lo indican.

Organización del Pueblo en Armas -ORPA-

Enero, 1976.

Reimpresión: Mayo, 1989



CeDeMA